
ESPACIO
EL ALMACEN
de PERSONAS
LOUIS G. MILK

LOUIS G. MILK

El **almacén** **de** personas

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: CARLOS PRUNÉS

Depósito Legal: B. 45.930 - 1970

Printed in Spain — Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El coche se negaba a arrancar aquella mañana.

Star dio al contacto de nuevo. Nada, como si debajo de la tapa no hubiera siquiera un motor.

— ¡A ver si me lo han robado durante la noche! —se alarmó de pronto.

Abandonó el coche y levantó la tapa. No, el motor estaba en su sitio. Menos mal.

Regresó al automóvil. Dio el contacto y examinó detenidamente los instrumentos de control: amperímetro correcto, lo mismo el voltímetro, indicador de averías, apagado, conexión espacial en orden… Entonces, ¿qué diablos le pasaba al artefacto?

— Espero que no me hayan cortado la corriente por falta de pago.

El automóvil se movía utilizando la energía irradiada desde un satélite artificial, transformada por un motor especial en fuerza eléctrica, que propulsaba las ruedas. Todo parecía en orden, pero el coche no se movía.

Cada vehículo tenía su cifra particular, la cual servía para tanto para recibir energía del satélite como para que un contador individual midiese el consumo y enviara luego la factura periódicamente del gasto. Asimismo, la cifra privada evitaba que

otro cualquiera pudiera utilizar el vehículo sin permiso del dueño.

La cifra privada, naturalmente, no coincidía con la matrícula del coche. Se marcaba en un teclado situado en el tablero de mandos y constaba de algunas letras y guarismos. Cualquier cifra marcada no sólo permitía que el coche arrancara sino que, caso de que coincidiese con la de otro vehículo, al ser señalada desde el que tenía asignado, impedía que el ajeno se pudiera mover contra la voluntad de su dueño.

Cada coche se movía única y exclusivamente con su cifra y ninguna otra distinta podía mover otro coche. Star lo sabía y se sentía, por tanto, absolutamente seguro.

Una vez más tecleó su cifra en el tablero. Era la siguiente:

FYD-88507-E.

Por supuesto, el vehículo disponía de una pequeña batería de repuesto para casos de emergencia, pero Star se resistía a utilizarla. No proporcionaba apenas velocidad, unos sesenta kilómetros a la hora, y su autonomía era de ciento cincuenta kilómetros. Él tenía que hacer aquel día un viaje de más de trescientos.

¿Para qué, pues, usar la batería, si iba a quedarse sin energía a mitad de camino? Podía usarla, a lo sumo, para llegar a un taller de reparaciones… y eso era, se dijo, lo que tendría que acabar haciendo.

Dio el contacto. La señal de conexión permaneció apagada.

Un hombre pasó de pronto junto a él y se quedó mirándole durante algunos segundos,

— ¿Qué, no arranca el trasto? —preguntó.

— No, señor, no arranca —contestó Star con desgana.

— Hoy hace un poco de frío, es verdad —dijo el sujeto—, pero eso era un inconveniente antes, con los viejos motores de gasolina. Si se quedaban muy fríos durante la noche, por la mañana costaba Dios y ayuda ponerlos en marcha.

— Ya, ya, pero éste es un motor de energía irradiada.

— Sí, ya lo veo —sonrió el hombre—. Y no arranca.

— No, señor.

La cara de aquel tipo le parecía conocida. Era un sujeto de mediana edad, pelo entrecano y rostro simpático.

— ¿Ha probado a ordenarle que arranque? —preguntó el hombre.

Star se pasó una mano por la cara.

«Como siga diciéndome tonterías, acabaré por darle un estacazo», pensó.

— ¿Ordenar, a quién? —preguntó, con sorna.

— ¿A quién ha de ser? ¡Al motor, hombre de Dios!

— Ah, ya. Y si le digo al motor: «Motor, motorcito bonito, arranca prontito y no me dejes en el asfaltito», el motor hará «ron, ron, ron…» y moverá el coche apenas yo pise el acelerador.

— Así será, aunque, desde luego, no hace falta que recite esa fórmula. Bastará que lo piense con toda intensidad y el coche se pondrá en marcha. Vaya, ha sido un placer —se despidió el sujeto.

Y siguió su camino.

— ¡Los hay chiflados! —masculló Star—. Y, además, madrugan.

Por enésima vez, marcó la cifra-código y dio media vuelta a la llave de contacto.

— ¡Arranca, motor! —gritó, sin saber por qué.

El coche se puso en marcha. Star soltó una alegre carcajada.

— Estos artefactos, a veces, tienen bromas pesadas— se dijo, muy contento—. ¿Cómo diablos iba a arrancar sólo porque yo se lo ordenase?

Empezó a silbar, lleno de optimismo. Pocos minutos más tarde, abandonaba la ciudad y tomaba la autopista que en unas dos horas le permitiría llegar a su punto de destino.

Para distraerse un poco, conectó la radio. Una suave música invadió el interior del vehículo. Hacía frío, pero el ambiente estaba agradablemente acondicionado.

Al cabo de unos minutos, la música se interrumpió bruscamente. La voz de un locutor sonó para anuncias una noticia:

— ¡Atención, atención! Se ruega a los propietarios de vehículos, movidos por energía irradiante y cuya cifra de código pertenece a la serie FYD, se sirvan disculpar las molestias que le está causando una momentánea interrupción de la energía irradiada desde el satélite productor de fuerza motriz número cinco.

El centro distribuidor correspondiente a la ya citada serie FYD ha sufrido una ligera avería, en cuya reparación trabajan los especialistas del satélite, confiándose en que antes de una hora la energía será irradiada de nuevo a los usuarios de la tan repetida serie FYD…

Star se quedó pasmado.

— ¡Estoy moviéndome sin energía ni nada! —exclamó.

La aguja del velocímetro señalaba ciento cuarenta y cinco a la hora en aquel momento. Y no, no estaba soñando.

Revisó la conexión de la batería de urgencia. No estaba conectada y, por supuesto, con ella jamás hubiera alcanzado tal velocidad,

Retiró el pie del acelerador. El coche amenguó su ritmo de marcha.

Aceleró de nuevo. La aguja marcó ahora ciento setenta a la hora.

— ¿Estoy volviéndome loco? —se dijo, lleno de perplejidad.

Un hombre le había dicho que ordenase al motor que arrancara. Lo había hecho, pero no siguiendo el .consejo, claro, sino como pasaba a muchos automovilistas en sus condiciones. Y había pasado también en épocas anteriores, cuando uno se encontraba con que el motor no se ponía en marcha y soltaba unos cuantos juramentos para desahogarse. «¡Arranca ya, maldito!», se decía a veces.

Claro que él no había dicho «maldito», pero el resultado había sido el mismo.

El motor se había puesto en marcha cuando se lo ordenó

* * *

Al atardecer. Star regresó a su casa.

El satélite funcionaba correctamente en todos sus centros distribuidores de energía. Pero él continuaba preocupado.

Ya no le cabía la menor duda de que algo extraño había sucedido. Su mente, sin saber cómo, había adquirido unos poderes extraordinarios.

Cuando menos, en lo referente a mover el automóvil. ¿De dónde le habían llegado aquellas facultades?, se preguntó una y otra vez.

Llegó a su apartamiento y dejó la cartera con los documentos sobre la mesa de despacho. Tomó una copa de licor y luego se dispuso a prepararse un buen baño. Le esperaba una noche casi en vela, revisando una documentación de negocios que se suponía alterada fraudulentamente.

De pronto, llamaron a la puerta.

Star maldijo entre dientes. ¿Quién diablos era el importuno que

venía a molestarle a deshoras?

Conectó el televisor que le permitía ver las personas que llamaban a su casa y que sustituía a las antiguas mirillas de las puertas. Star vio a una mujer, todavía joven y bastante atractiva, esperando ante la entrada.

Calculó que tendría treinta y cinco años, era rubia y su silueta mostraba unas curvas de mucho atractivo todavía. La mujer, sin embargo, parecía nerviosa e inquieta y, al ver que tardaban en abrir, volvió a llamar.

Star se decidió a abrir. Ella le miró especulativamente.

— ¿John Quinten Star? —preguntó.

— Yo soy —respondió el dueño del piso—. ¿Puedo servirle en algo, señora?

— Soy Dora Raffer, señor Star —manifestó la visitante—. Quizá haya escuchado usted mi apellido en alguna ocasión.

— Me suena, en efecto —admitió Star—. Pero tenga la bondad de pasar, señora Raffer.

—Gracias.

Dora entró en la sala y se sentó en el lugar que le indicó Star.

— He venido varias veces a verle durante el día, pero usted se hallaba ausente, por lo visto —manifestó la mujer, mientras él llenaba dos copas.

— Tuve trabajo fuera de la ciudad —se excusó Star—. Lo siento, señora. —Le entregó la copa—. Y ahora, por favor, dígame los motivos de su visita.

— Antes dijo usted que mi apellido le sonaba —recordó la visitante.

— En efecto, así es, señora.

— Soy la esposa de Lon Raffer, comandante de la astronave «Ultralux», que, como recordará, fue la primera en salir del Sistema Solar y llegar a un planeta habitado por personas no nacidas en la Tierra.

CAPÍTULO II

Star chasqueó los dedos.

— Ahora lo recuerdo —exclamó—. Sí, conozco perfectamente los detalles de la aventura y sé que se está alistando una segunda nave, mucho mayor y con un número cuádruple de pasajeros, a fin de entablar relaciones con los habitantes de Hérgony. ¿No se llama así el planeta?

— Es la traducción a nuestro idioma del nombre que ellos le dan —explicó Dora—. Y, desde luego, es cierto que se está alistando una segunda expedición.

—¿Viajará su esposo en la nueva astronave?

— Aún no lo tiene decidido y, por mi parte, me negaré a ello —dijo la visitante—. Es decir, me negaría si… Bien, señor Star, usted recuerda que el viaje de la «Ultralux» duró casi nueve años. Demasiado tiempo de separación, ¿no cree?

— Hérgony pertenece al sistema de la Próxima de Centauro, que está a cuatro años luz de la Tierra.

Como la «Ultralux» no podía volar a una velocidad superior a la de la luz, sino a una ligeramente inferior, esta circunstancia fue la que motivó la larga duración de ese viaje.

— Efectivamente —confirmó Dora—. Fueron, en cifras redondas, cuatro años de ida, cuatro de vuelta y unos seis meses de permanencia en Hérgony.

— Un cálculo muy acertado, señora. Vi fotografías y filmaciones tomadas por los expedicionarios y me parecieron sensacionales.

— Hay algo más sensacional todavía, señor Star. Antes le dije que me negaría a que mi esposo emprendiera un nuevo viaje a Hérgony.

— Sí, pero no lo aseguró rotundamente. Usted duda en acceder o

no. ¿Me equivoco?
— Acierta, señor Star. Claro que, en último caso, él se marcharía y me dejaría aquí, Y es probable que yo acogiera su marcha con un suspiro de alivio.
Star arqueó las cejas.
— ¿Por qué no se explica mejor, señora? —rogó.
— Señor Star, ¿qué diría usted si yo afirmase que mi esposo no es mi esposo?
— ¡ Vaya! —replicó el joven—. ¿Acaso se trata de un matrimonio ilegal?
— En absoluto. El matrimonio no tiene nada que reprochar en cuanto a legalidad. Se trata de mi marido… de quien sospecho yo que no lo es.
— ¿Una suplantación de personalidad?
— Sí.
Star hizo un gesto con las manos,
— Señora, presencié por televisión el regreso de la «Ultralux» y, créame, la recepción de las autoridades a los expedicionarios no mostró nada de anormal y sí mucha alegría. ¿O es que la suplantación se ha producido después?
— No, porque yo también estuve en aquella recepción. Pero mi esposo no es mi esposo.
— Es decir, que se trata de otra persona con su aspecto físico.
— Sí.
— ¿Qué me dice de otros detalles? Recuerdos personales, de intimidad entre ambos, recuerdos de su infancia, de cuando ustedes eran novios… Hay cosas que un falso esposo no podría suplantar en su absoluta totalidad.
— El hombre que vive ahora conmigo no ha cometido el menor fallo a este respecto, señor Star —aseguró Dora—. Pero no es el capitán Raffer, que zarpó hace nueve años rumbo a Próxima del Centauro.
— Entonces, ¿quién es?
—Un hergonyano, señor Star —aseguró ella rotundamente.
Star respingó.
— ¡Señora! ¿Es que cree usted que su esposo murió en Hérgony y que un nativo de aquel planeta tomó su puesto?
— Sí.
Star miró a la mujer recelosamente. Dora forzó una sonrisa.
— No, no estoy loca —dijo—. El hombre que habita en mi casa no

es mi esposo.
— La simulación, pues, no ha sido todo lo perfecta que se deseaba —observó Star—. Pero ¿en qué se basa usted para sentar tal afirmación?
— Señor Star, cuando mi esposo zarpó para Próxima del Centauro, ya llevábamos seis años casados. Es tiempo más que suficiente para crear en el matrimonio una total intimidad, ¿no cree?
— Desde luego —sonrió el joven.
— Bien, he tenido ocasión de ver a mi esposo desnudo en más de una ocasión. Y ahora también, a la vuelta. Pero cuando se marchó, tenía una mancha, un lunar, mejor dicho, del tamaño de la mitad de la palma de la mano y de forma trapezoidal, situado debajo de la cintura, hacia el lado izquierdo de la espalda. Ahora no tiene ese lunar.
— ¿No se lo quitaría en Hérgony?
— ¿Para qué? Yo se lo sugerí en una o dos ocasiones y él contestó que ni le molestaba ni le hacía falta quitárselo.
— Quizá cambió de opinión después. Recuerde que estuvo nueve años ausente.
— Sí, es cierto, y yo podría admitirlo, si no fuera por lo que he visto hace dos días.
— Cuente, señora —invitó Star, mientras se servía otra copa, tras haber ella rechazado más bebida.
— Ocurrió hace dos días, repito. Él estaba en su despacho, leyendo. Yo terminaba de hacer la cena y fui a llamarle. Abrí la puerta. Mi esposo no se dio cuenta. Tenía una copa en la mano izquierda. Agitó la derecha y la botella de whisky voló por los aires, se inclinó, llenó la copa y se volvió volando al aparador. Luego, él hizo volar a un cigarrillo hasta sus labios, atrajo al encendedor de la misma manera y lo devolvió después a la mesa. No estoy loca ni lo he soñado, se lo juro, señor Star —concluyó la visitante con dramático acento.
— Y usted quiere que yo… —dijo, sin completar la frase.
— Sí. Sé que es usted un buen investigador. Pagaré lo que me pida, pero deseo que confirme mis suposiciones.
— Tal vez su esposo adquirió algunas raras facultades durante su estancia en Hérgony y no quiere hacerlas públicas.
— Pudiera ser, pero, en ese caso, ¿por qué quitarse un lunar que jamás le molestó y del que hasta se sentía orgulloso?
— Tal vez sea cierto —murmuró Star—. Investigaré, señora, se lo

prometo.

Dora se puso en pie.

— ¡Ojalá confirmase, a pesar de todo, que es mi esposo! —exclamó —. Si no fuese así… resultaría espantoso, señor Star.

El joven puso cara de sorpresa.

— Dentro de cinco meses, tendré un hijo —contestó Dora—. ¡Sería horrible que resultase hijo de un ser extraterrestre!

* * *

Star había reunido un abultado expediente sobre el viaje de la «Ultralux» y examinaba todos los documentos uno por uno, con gran atención.

De repente, tomó en sus manos una fotografía en la que aparecía un grupo de astronautas. Una de las caras, además de la del capitán Raffer, le pareció conocida.

Había más fotografías individuales. Buscó una por una, hasta dar con la que le interesaba,

Al dorso de la fotografía había escrito un nombre: Prof. D. Mallox.

Star se acarició la mandíbula pensativamente.

Aquella cara…

Un suceso casi olvidado volvió de pronto a su mente.

«Motor, motorcito bonito, arranca prontito y no me dejes en el asfaltito».

El hombre que le había dado el consejo era el profesor Mallox.

Había seguido el consejo y el motor se había puesto en marcha. Pasaron más de treinta minutos antes de enterarse de la avería en el satélite irradiante de energía.

Dora Raffer había visto a su marido haciendo volar por los aires una botella, un encendedor y un cigarrillo. Y sostenía que su marido era un hergonyano.

El profesor Mallox, ¿era el auténtico Mallox?

Había una manera de averiguarlo: entrevistándose con el interesado.

* * *

La casa tenía aspecto agradable y estaba rodeada por un cuidado jardín. Star llegó a la puerta, protegida por una pequeña marquesina, y pulsó el llamador.

Momentos después, se abría la puerta. Una encantadora joven le dio la bienvenida.

—¿Sí?

Star la contempló durante unos segundos. Era morena, de pelo intensamente negro, muy corto, y vestía un cómodo traje de una sola pieza, de mangas y perneras cortas. El vestido permitía admirar una figura con anatomía digna del mejor escultor.

— Soy John Quinton Star —se presentó el joven—. Desearía hablar con el profesor Mallox, señorita.

— ¿Puedo preguntarle los motivos de su visita, señor Star? —dijo la chica.

Star lanzó un suspiro.

— Se nota que es usted una eficiente secretaria —manifestó—. Motivos personales, señorita.

— Está equivocado —dijo ella—. Soy Mildred Mallox. El profesor es mi padre.

— Vaya —replicó él sonriendo—. Tendrá que dispensarme la confusión, señorita Mallox. Pero todavía no me ha dado una respuesta.

— Mi padre está ausente en estos momentos. No obstante, si quiere aguardarle…

— Será un placer, señorita Mallox.

Mildred se echó a un lado. Star entró en una salita amueblada con gusto y ella le indicó un diván.

— ¿Le apetece una taza de café? —sugirió.

— Acepto encantado, señorita —contestó el investigador.

Mildred actuó rápida y discretamente. Luego se sentó frente al visitante.

— Puesto que soy la hija del profesor, creo que usted podría delatarme los motivos de su visita —indicó.

— El profesor viajó a Hérgony como miembro de la tripulación de la astronave «Ultralux» —dijo Star.

— En efecto y, por lo que he apreciado, volvió muy entusiasmado de su viaje.

— Se está organizando una segunda expedición. ¿Piensa volver allí?

— No lo hemos discutido todavía, aunque no me extrañaría en

absoluto —contestó Mildred.

— Pero la edad de su padre…

— Él está fuerte como un roble, señor Star. Todavía es capaz de levantarle a usted en peso con una sola mano. Lo ha hecho conmigo más de una vez, de modo que no hay preocupación alguna por su salud.

Star se reclinó en su asiento.

— ¿La levantó con la mano o simuló que lo hacía, pero, utilizando en realidad, el poder de su mente? —preguntó.

CAPÍTULO III

Mildred contempló a su visitante con ojos llenos de extrañeza.

— Señor Star, ¿qué es lo que trata de insinuarme? —preguntó.

— Hablemos con toda claridad, señorita Mallox. El hombre que dice ser su padre, ¿es su padre en realidad?

Ella se puso en pie bruscamente, llena de indignación.

— ¡ Haga el favor de Salir de mi casa! —exclamó airadamente.

Star dejó la taza vacía a un lado.

— Por favor, señorita, reprímase un poco y escúcheme con toda atención —rogó—. Le aseguro que mis intenciones están muy lejos del insulto. He averiguado ciertas cosas que me han hecho formularle la anterior pregunta y, créame, parte de esas averiguaciones proceden de mis propias experiencias.

Mildred se dio cuenta de que el joven no bromeaba.

— Hable —le invitó.

Star lo hizo.

Mildred le escuchó con suma atención, sin interrumpirle un solo instante. Al terminar su relato, ella se apretó las sienes con las manos.

— Es… increíble, fantástico —calificó—. ¡Pero si fuera como usted dice, significaría que todos los tripulantes de la «Ultralux» se quedaron allí y fueron suplantados por hergonyanos!

— Efectivamente —corroboró Star.

Ella se quedó de pronto desmadejada.

— ¿Los asesinaron en Hérgony? —dijo, muy pálida.

— A eso no puedo contestarle yo, señorita. Pero sí el individuo que dice ser su padre —manifestó el investigador.

— El… hergonyano no ha hecho nunca nada que me permitiera sospechar una suplantación.

— La señora Raffer lo descubrió por casualidad —dijo Star—, Naturalmente, las relaciones entre los esposos son muy distintas que entre padre e hija.

— Y vio que le faltaba el lunar cerca de la cadera izquierda.

—Justamente.

— Señor Star, ¿cómo explicaría usted el hecho de que el consejo de mi padre le permitiese hacer marchar el automóvil sin energía?

— Energía mental, señorita.

— ¿Suya o de mi padre?

Star se quedó cortado.

— Bueno, yo dije: «Arranca, motor» y el motor arrancó.

—Entonces, mi padre, es decir el hergonyano que ocupa su puesto, le infundió a usted parte de sus poderes mentales.

— Pudo ocurrir así, en efecto.

— ¿Ha hecho más pruebas al respecto?

— No, desde luego.

Mildred se puso en pie. Se acercó a una consola, tomó un jarrón y lo sostuvo en alto con una mano.

—Voy a soltarlo —anunció—. Detenga su caída.

L>os dedos de la joven aflojaron y el jarrón cayó.

Pero no se estrelló contra el suelo, aunque tampoco quedó flotando en el aire, sino que chocó suavemente sobre la alfombra y, después de dar un par de vueltas, se quedó inmóvil.

— Señor Star, si damos su historia por verídica, ¿cómo sé yo que no es usted un hergonyano? —preguntó.

— En ese caso, ¿tendría sentido que yo denunciase a los míos?

— Es verdad —reconoció ella—. Pero el problema más terrible sigue en pie.

— ¿Cuál es, señorita Mallox?

— Si hubo una suplantación general de la tripulación de la «Ultralux», si los que regresaron son hergonyanos, ¿qué fue de los auténticos tripulantes?

Hubo un momento de silencio. De repente, llamaron a la puerta.

— Debe ser mi padre —dijo Mildred.

* * *

A mitad de camino de la puerta, Mildred se detuvo, irresoluta.

— ¿Es mi padre? —musitó.

— Abra —aconsejó Star.

Ella se acercó a la puerta. Abrió,

— Hola, hija —saludó el profesor cariñosamente—. Ah, veo que tienes visita.

— Es para ti, papá —puntualizó Mildred—. Te presento al señor Star. —Y al investigador le dijo—: Señor Star, mi padre.

— Esa cara me parece conocida —declaró Mallox.

— Hace unos días yo estaba en dificultades con el motor de mi automóvil, profesor —dijo Star—. Usted me dio un consejo.

— ¿Y lo siguió?

— Sí, señor.

Mallox sonrió.

— Ya lo sabía yo. El experimento ha tenido pleno éxito.

Mildred retrocedió un paso. Star trató de dominar la situación.

— ¿A qué experimento se refiere usted, profesor?

— inquirió.

— Al dominio de la propia mente, claro, y dominando la mente, se dominan todas las demás cosas

— respondió Mallox.

— Un momento, profesor —dijo Star—, Si no recuerdo mal, usted viajó a bordo de la «Ultralux» como geólogo, lo cual es muy distinto de psicólogo.

— ¿Es que un geólogo no puede desarrollar sus propios poderes mentales, señor Star?

— En la Tierra, eso no es corriente. Tal vez lo sea en Hérgony —contestó el joven.

Mallox calló un momento. De súbito, Mildred avanzó un par de pasos y gritó:

— ¿Dónde está mi padre? ¿Qué han hecho ustedes de él?

— Nos han descubierto —murmuró el supuesto profesor Mallox.

Mildred se oprimió la cara con ambas manos. A Star le parecía un sueño hallarse ante un ser de otro mundo, aunque con figura enteramente terrestre.

— Entonces —dijo—, ninguno de los tripulantes auténticos de la «Ultralux» regresó a la Tierra.

Mallox movió la cabeza lentamente.

— No —contestó.

— ¡Los han asesinado! —chilló Mildred.

Mallox retrocedió dos pasos.
— Lo siento —dijo—. Ha sido una verdadera lástima. Hubiera resultado un experimento interesantísimo…

Star avanzó hacia él. De repente, se sintió detenido por una fuerza invisible.

Retrocedió cuatro o cinco pasos, tomó carrerilla y saltó hacia delante. Chocó contra aquel muro invisible, que no era duro, sin embargo, rebotó y rodó por tierra.

—Adiós —dijo Mallox—. El experimento ha terminado.

Star se incorporó a medias en el suelo. Mallox abrió la puerta y salió.

En el mismo momento. Star oyó un golpe sordo.

Volvió la cabeza. Mildred, incapaz de resistir la verdad, acababa de desplomarse sin conocimiento.

* * *

Al cabo de unos minutos. Star consiguió que Mildred volviera en sí.

La muchacha estuvo llorando durante un largo rato. Luego pareció calmarse un tanto.

— Es horrible, horrible… Todos fueron asesinados…

— Dora Raffer tenía razón —dijo él, sombríamente—, Pero ella se encuentra en una situación muchísimo peor que la suya, señorita Mallox.

— Va a tener un hijo del hergonyano. Nacerá un monstruo.

— No lo creo. En otro caso, la concepción no habría tenido lugar. El niño que nazca tendrá figura enteramente normal.

—Pero no será hijo del capitán Raffer.

— Desde luego. Ahora bien, la duda que me asalta se refiere al auténtico aspecto de los hergonyanos.

— ¿Por qué dice eso, señor Star?

— Opino que no pueden ser unos monstruos, al menos, vistos desde el módulo de la anatomía de un terrestre. Es decir son personas como usted y como yo.

— Parece muy probable —admitió Mildred—. ¿Qué más?

— La duda se refiere, insisto, a su auténtico aspecto. No cabe la menor duda de que los tripulantes que volvieron en la «Ultralux» tienen las facciones modificadas de acuerdo con las de sus

originales. No creo que se trate de máscaras de quita y pon; en su caso, señorita Mallox, podría pasar, pero cuando se trata de casados, ya es más difícil vivir continuamente con la máscara puesta a todas horas.
— Hay algo que se llama cirugía estética, señor Star.
— En efecto, y eso es lo que creo. Pero, con ser difícil, hay algo que todavía lo ha sido más y es el tratamiento mental a que han sido sometidos todos los hergonyanos para poder desempeñar su papel satisfactoriamente. Recuerde que han pasado más de cuatro meses desde la vuelta de la «Ultralux» y hasta ahora nadie había notado nada.
— Es cierto —dijo Mildred—. Incluso, por lo que usted me ha contado, la señora Raffer no estaba muy segura, hasta que vio a su esposo haciendo volar cosas por los aires, a pesar de la falta del lunar.
— Pero ahora nos enfrentamos con el hecho de que todos los tripulantes que regresaron con la «Ultralux» son hergonyanos.
— Eso no es lo peor, sino que los auténticos tripulantes están en Hérgony… suponiendo que todavía vivan.

Star se mordió los labios.
— Hérgony no está cerca, precisamente —murmuró.
— Quizá se pudiera ir si…
— ¿En la astronave que están alistando para un nuevo viaje? Pasará casi un año antes de que se encuentre en condiciones de zarpar con las debidas condiciones de seguridad.
— ¡ Un año! —dijo Mildred en tono desalentado.
— Yo me pregunto —dijo Star—, a qué se refería su padre… perdón, el hergonyano, cuando dijo que el experimento había terminado.
— ¿Una tentativa de invasión? —sugirió ella.
— Tal vez… pero aguarde un momento. Voy a hablar con la señora Raffer.

Star se acercó al teléfono, que estaba provisto de pantalla de televisión y, tras consultar a información, marcó el número de Dora Raffer.

El bello rostro de la mujer apareció a los pocos momentos en la pantalla.

—¡Oh, señor Star! —dijo.
— Tengo noticias para usted, señora —manifestó el investigador—. Pero, antes, por favor, dígame, ¿está su esposo en casa?

— No. Se marchó hace media hora. Recibió una llamada y se fue sin despedirse siquiera de mí.

— ¿Quién le llamó, señora?

— No lo sé —respondió Dora—. No pude verle la cara, pero sí me di cuenta de que hablaba en un idioma extranjero. Sin embargo, no pude reconocer el idioma; era la primera vez que lo escuchaba.

Star inspiró profundamente.

— Señora Raffer —dijo—, es muy probable que ese idioma que usted no ha podido reconocer sea hergonyano.

CAPÍTULO IV

— Y no tenemos la menor pista del lugar adonde han podido dirigirse —exclamó Mildred.

— No, pero… Señorita, aquí no podemos hacer nada —declaró Star —. ¿Quiere venir a mi casa? Tengo allí la carpeta con toda la documentación referente a la «Ultralux» y en ella constan los nombres de los tripulantes. De este modo, podremos continuar nuestras pesquisas.

—Muy bien —accedió ella—. ¿Me permite unos minutos, mientras me cambio de ropa?

— Por supuesto… pero antes ha de permitirme un consejo, señorita Mallox.

— Desde luego, señor Star.

— Procure ser animosa. No desfallezca ni se entregue a abatimientos inútiles, La falta de ánimo no solucionará la crítica situación en que se halla su padre.

— Suponiendo que siga con vida.

— En ese caso, el consejo es el mismo. Sus desfallecimientos y llantos no conseguirán hacerle revivir de nuevo.

Mildred hizo un gesto de asentimiento.

— Comprendo —respondió—. Seguiré sus consejos, señor Star — prometió.

Un cuarto de hora más tarde, Mildred había cambiado el traje de una sola pieza por una especie de casaca de amplias mangas cortas, falda hasta la mitad de la pierna y gran cinturón negro. El vestido era de color amarillo rabioso, con orlas negras, de unos dibujos muy extraños, pero sumamente agradables de contemplar.

— Un vestido muy bonito —elogió él.

— Me lo trajo mi padre de Hérgony —explicó Mildred.

— ¿De veras? Entonces ya conocemos la moda femenina de aquel planeta —replicó Star—. ¿Vamos?

Salieron a la calle. Cruzaron el jardín y subieron al automóvil del investigador.

Media hora más tarde, llegaban a casa de Star, quien residía en un elevado edificio de cincuenta y cuatro pisos. Cuando entraban en el vestíbulo, Star oyó la voz del conserje:

— ¡ Señor Star!

El joven se volvió.

— Ah, hola, Jim —Mijo—. ¿Sucede algo?

— Han venido dos hombres que preguntaban por usted. Yo les dije que había salido y les pedí si tenían algún recado que darle, pero contestaron que lo único que querían era verle en persona.

— ¿Dieron sus nombres, Jim?

— No, señor. Lo siento, pero no los dieron.

— Gracias, Jim. —Star se volvió hacia la joven—. Serían clientes, señorita Mallox. Ya volverán.

Star vivía en el piso trigésimo noveno. Al abrir la puerta, se sintió invadido por un extraño presentimiento.

Corrió hacia su despacho. Aparecía en orden, aunque se veía claramente que habían estado en él personas ajenas a la casa.

— Esos individuos engañaron a Jim y entraron, aprovechando algún descuido suyo —adivinó—. Yo estaba equivocado; no eran clientes.

Mildred se quedó parada en el umbral del despacho. Tras unos segundos de vacilación, Star se acercó a su mesa, sobre la cual tenía la carpeta con toda la documentación referente a la «Ultralux».

Abrió la carpeta y hojeó los documentos. Un grito de asombro se escapó de sus labios.

— ¡ Se los han llevado!

* * *

La rabia le hizo cerrar la carpeta de golpe. Mildred se acercó y le miró consternada.

— Entonces… esos sujetos eran… —Y no se atrevió a completar verbalmente sus ideas.

— Sí, tenían que ser hergonyanos, miembros de la tripulación de la «Ultralux» —masculló él, rabioso—. Pero lo que han hecho es una tontería, Mildred. ¿Es que van a robar todos los documentos en

todas partes? Hay archivos en los departamentos oficiales y no pueden dedicarse a ir robando la documentación para hacer desaparecer todo rastro comprometedor.

— Sí —convino ella pensativamente—. Sería absurdo.

Mildred se acercó a la mesa y levantó la tapa de la carpeta de modo maquinal. Una exclamación de sorpresa brotó en el acto de sus labios:

— ¡ Señor Star!

El joven se volvió.

— ¿Qué sucede? —preguntó.

Ella señaló el contenido de la carpeta.

— ¿Quién le ha dicho que esos desconocidos se han llevado los documentos?

—¿Es que no lo está viendo usted misma? Mire, todo son papeles en blanco…

— Creo que se equivoca —contradijo Mildred—. Los documentos están en su sitio y no falta ninguno.

Hubo un momento de silencio.

Star y Mildred se contemplaban con fijeza.

Al fin, Star dijo:

— Uno de los dos no está bien de la cabeza, Mildred. Yo no veo sino pápeleˆ en blanco.

Mildred hojeó los documentos. Sí, había informes, recortes de prensa, abundantes fotografías y gran cantidad de notas manuscritas, hechas por el propio investigador. Pero la verdadera explicación estaba, lo adivinó bien pronto, en la hoja de papel que se hallaba encima del fajo de documentos.

— Usted es el que no está bien, pero no por su culpa, sino por un mandato ajeno —declaró—. ¿Me permite hacer una prueba, señor Star?

— Sí, pero llámeme Johnny, como hace todo el mundo, Mildred.

— De acuerdo, Johnny.

La muchacha se acercó a uno de los archivadores metálicos que había junto a un muro, abrió el primer cajón y sacó una carpeta que le pareció llena de documentos. Volvió con la carpeta, la dejó sobre la mesa y manipuló en ella brevemente. Luego extendió la mano y dijo:

— Ábrala y revise la documentación, Johnny.

— ¡También aquí hay solamente papeles en blanco!

Mildred sonrió extrañamente.

— ¿De veras? Vea ahora la carpeta del caso «Ultralux».

Star obedeció, tratando de dominar la impaciencia que sentía. De nuevo volvió a lanzar otro grito de asombro:

— ¡Ahora están los documentos!

Se volvió hacia la joven.

— Pero ¿qué es lo que pasa aquí? ¿Estoy volviéndome loco? —preguntó, terriblemente desconcertado.

Mildred hizo un gesto negativo.

— No lo creo, Johnny. —Blandió la hoja de papel que había tomado de la primera carpeta—. ¿Puede leer ahora la inscripción que hay aquí escrita?

Unas letras, que componían una frase de contenido singular, aparecieron repentinamente ante los ojos del joven:

TODOS LOS DOCUMENTOS DE ESTA
CARPETA SON PAPELES EN BLANCO

— ¿Lo comprende ahora, Johnny?

Star movió la cabeza.

— Sí —contestó—. Hipnotismo.

— Sugestión resulta más exacto —dijo Mildred—. Usted abrió la carpeta, leyó la frase escrita en el papel, que no era sino una orden, y todos los documentos le parecieron papeles en blanco. Pero yo no había recibido esa orden, y por dicha razón, pude ver los documentos en completa normalidad.

— Y la orden surtió efectos en otra carpeta.

— En cualquier carpeta que usted examine, Johnny.

— Sin embargo, ahora leo perfectamente las palabras escritas por los hergonyanos.

— El efecto de sugestión ha pasado ya —explicó Mildred.

— ¿Por qué ha pasado? Yo sigo siendo el mismo…

— Sí, pero ellos no contaron con que usted vendría acompañado y que yo le ayudaría a vencer esa dependencia mental. Si usted hubiera llegado solo, habría encontrado la carpeta supuestamente llena de papeles en blanco y esto habría sucedido cada vez que la hubiese abierto, ¿comprende?

— Ahora lo entiendo perfectamente, Mildred. Pero lo que no comprendo es por qué hicieron una cosa en apariencia tan absurda.

¿Qué salían ganando con ello?
— A mi entender, no quisieron causarle ningún mal, Johnny. Yo creo que se trata de una simple advertencia.
— ¿Advertencia? —repitió Star, extrañado.
— Sí, Johnny. Opino que quieren que les deje en paz.
— ¿Dejarles en paz? —gruñó él—. Mildred, ¿quiere oír mi opinión sobre este caso?
— Me gustaría —contestó la joven.
— Muy bien. Lo que opino es que se trata de un ensayo para una invasión del planeta.
— ¿Una cabeza de puente para sucesivas expediciones de hergonyanos?
— Justamente, Mildred, eso es lo que yo creo —contestó el investigador.

* * *

La tripulación de la «Ultralux», para ser una expedición dirigida fuera de los límites del Sistema Solar, había sido muy numerosa. Treinta y ocho hombres la componían y ninguno de ellos se hallaba en sus domicilios, según pudieron comprobar Star y Mildred al cabo de sendas llamadas telefónicas.
— ¡ Se han ido! —exclamó la joven.
— Sí, pero, ¿adónde? ¿Cómo? ¿En qué vehículo?
— Hay un vehículo que puede devolverles a su planeta, Johnny…
— ¿La «Ultralux»?
—Justamente.
Star reflexionó unos momentos. Luego preguntó:
— Mildred, ¿qué amistades tiene usted entre el personal del Ministerio de Astronáutica?
— El coronel Roberts. Era muy amigo de mi padre.
La mano de Star señaló el visófono.
— Hable con él —indicó.

CAPÍTULO IV

El rostro de un hombre de unos cuarenta años, de pelo claro y ojos azules, y mandíbula cuadrada, apareció en la pantalla segundos más tarde.

— Coronel Roberts, soy Mildred Mallox —dijo la muchacha—. Perdone que le moleste, pero ocurre algo sumamente grave.

— ¿Le sucede algo a tu padre, Mildred? —preguntó Roberts.

— Sí, aunque eso es lo de menos por ahora. ¿Dónde está la «Ultralux», coronel?

Roberts se echó a reír.

— Ah, era eso solamente —dijo—. Fue desguazada. Los técnicos quieren examinar todas sus piezas una por una, a fin de hallar posibles defectos y obtener experiencias para la nave que ha de transportar la segunda expedición a Hérgony.

— Respiro aliviada, coronel —dijo Mildred—.

Temí que ellos se hubiesen reunido para llevársela y regresar a su planeta.

— ¿Ellos? ¿A quiénes te refieres? —preguntó Roberts, extrañado.

— Coronel, si quiere, le permito que piense que estoy loca, pero le diré que los expedicionarios que regresaron de Hérgony no son los que partieron de la Tierra en la «Ultralux».

— ¡ Mildred! —gritó Roberts.

— Así como lo oye, coronel; y si no me cree a mí, llame a la señora Raffer. Oirá algo muy interesante, se lo aseguro. Y todavía tengo que decirle más cosas.

— Me dejas pasmado, muchacha. Pero ¿qué es lo que está pasando aquí, Mildred?

— Pasa, coronel, que los treinta y ocho tripulantes de la «Ultralux» han desaparecido de sus casas al descubrirse que no son terrestres,

sino hergonyanos. Compruébelo usted mismo… y ya me dirá mañana lo que haya conseguido averiguar. Buenas noches, coronel.

Mildred cortó y se volvió hacia Star.

— ¿Le parece bien, Johnny? —consultó.

— Ha estado magnífica —elogió Star—. No podía haber dicho las cosas con mayor precisión.

— Gracias, Johnny. Ahora, creo, es cuestión de las autoridades que investiguen el asunto, ¿no cree?

— Sí, pero sólo podrán investigar en la Tierra.

Los ojos de Mildred brillaron extrañamente.

— ¿Quién sabe? —contestó—, Bien, Johnny, cree que es hora ya de que me vuelva a mi casa.

— ¿Quiere que la acompañe?

— Gracias, tomaré un taxi.

— Si ocurre algo, la llamaré de inmediato.

— Lo agradeceré, Johnny.

Minutos más tarde, Star sintió deseos de tomarse una copa.

Había estado sentado un rato, meditando sobre todo lo ocurrido durante el día. Fue a levantarse, pero, de repente, decidió hacer una prueba.

Las botellas y las copas estaban en un aparador. Miró en aquella dirección fijamente y deseó que una botella y una copa vinieran hacia él.

La copa vino volando, pero la botella no.

— ¿Por qué? —murmuró él, perplejo.

Volvió a lanzar la orden mental. Quería un buen trago de whisky.

La botella de whisky voló por los aires y el tapón se separó solo llegado el momento de verter el líquido en el vaso. Star lo comprendió con la sonrisa en los labios.

— «Es preciso puntualizar los deseos» —se dijo. Bebió un buen trago. Luego hizo que un cigarrillo volase de la caja que había sobre la mesa, cuya tapa se abrió por sí sola. El mechero de sobremesa voló también y le encendió el cigarrillo.

El experimento del hergonyano que había tomado el puesto del profesor Mallox había tenido pleno éxito. Pero ¿cuáles eran los límites de su fabuloso poder mental?

¡LOS TRIPULANTES DE LA «ULTRALUX»

HAN DESAPARECIDO EN SU TOTALIDAD!
TREINTA Y OCHO HOMBRES DESAPARECIDOS
SIN DEJAR EL MENOR RASTRO
¡UN SINGULAR ENIGMA!
¿DONDE ESTÁN LOS TRIPULANTES
DE LA «ULTRALUX»?

Rumores no confirmados indican que los tripulantes de la primera nave que franqueó los límites del Sistema Solar no eran sino extraños nacidos en Hérgony, que habían tomado su apariencia personal, con fines no esclarecidos todavía, pero que no se pueden suponer precisamente benéficos

Star lanzó al suelo los periódicos de la mañana.

Todos decían más o menos lo mismo. La noticia no había podido mantenerse oculta por más tiempo.

Sonó el timbre del visófono. Star se levantó y dio el contacto.

Se llevó una ligera decepción. No era Mildred, sino Dora Raffer.

— ¿Ha leído los periódicos, señor Star?

— Sí, señora desde luego. Lo siento muchísimo.

— Para mí, representa un problema espantoso —confesó la mujer.

— Lo dice por el niño que va a nacer, ¿verdad?

— Sí, y no soy yo la única en mi caso, señor Star. Por lo menos, conozco a seis mujeres más que también tendrán un niño en su día, concebido de la unión con uno de esos horribles extraterrestres.

Star hizo un leve movimiento de cabeza.

— ¿Me permite un consejo, señora? —consultó.

— Se lo agradecería —contestó Dora.

— En su lugar, yo no tendría otros temores que los corrientes en su caso. El hombre que suplantó a su esposo era un ser perfectamente normal. Lo único que se puede alegar es que usaba una cara que no era la suya, ¿comprende?

— Sí, señor Star.

— Será un chico robusto y sano. Y si es niña, cuando crezca, será tan guapa como su madre.

Dora sonrió.

— Usted trata de darme ánimos —dijo.

— Le hablo con la verdad. Si el hergonyano fuese un monstruo, usted no se hallaría ahora en… en estado de buena esperanza,

¿comprende?

Dora suspiró.

— Sí, pero no será hijo de mi esposo.

— Eso es algo que no se puede remediar, señora. Sin embargo, yo creo que su esposo será lo suficientemente comprensivo como para no hacerle ningún reproche y querer al niño como si fuese realmente suyo.

— Suponiendo que mi esposo viva y que algún día pueda ser rescatado —dijo Dora, en tono deprimido.

Era algo que tenía mucha lógica, pensó Star. No se sabía si el capitán Raffer estaba aún con vida y, aunque fuera así, .¿cómo rescatarlo?

* * *

Los ojos de Mildred emitieron un destello de alegría al reconocer a su visitante.

— Pase, Johnny —invitó—, ¿Alguna noticia interesante?

— No, lo que dice la prensa —contestó él.

— Hace poco dieron un boletín de información. El paradero de los tripulantes de la «Ultralux» continúa siendo desconocido. Todas las pesquisas hechas para encontrarlos han resultado infructuosas.

— Se han escondido muy bien, es preciso reconocerlo, Mildred.

— Yo he pensado algo al respecto, Johnny. Pero ¿no quiere tomar antes una taza de café?

— Acepto encantado —contestó él.

Mildred se dirigió hacia la cocina. Era una chica muy agradable, pensó Star. Tenía justamente el tipo que a él le gustaba y también le agradaba muchísimo su carácter.

Ella regresó minutos más tarde con una bandeja. Tomaron sendas tazaste café, y luego Star dijo:

— Mildred, antes habló usted de que había pensado algo, ¿qué es?

— Sencillamente, los hergonyanos han regresado a su planeta.

— No en la «Ultralux», por supuesto, ni menos en la otra astronave, que todavía no está lista.

— Supongo que tendrían alguna suya, preparada para cualquier eventualidad. Ésa es la que habrán utilizado para regresar a Hérgony.

Star hizo un gesto de duda.

— No lo sé —dijo—. Pudiera ser, pero me parece bastante improbable.
— ¿Por qué no iba a ser así? Póngase en el lugar de un hergonyano y venga a la Tierra. ¿No le parece lógico tener cubierta la retirada, para el caso de que algo vaya mal?
— Sí, pero…
— No alegue que la nave sería detectada al despegar porque no lo fue durante el aterrizaje. Todo este tiempo ha permanecido invisible, hasta el momento que a ellos les ha convenido.
— Es mi razonamiento con bastante lógica, en efecto —admitió Star —. Sin embargo, presiento que todavía están en la Tierra, muy bien escondidos, desde luego, pero aún aquí.

—Ambas hipótesis pueden ser ciertas, pero suponiendo que lo sea la suya, ¿dónde están?

Star guardó silencio. Ella se inclinó y tomó un cigarrillo de la caja que había sobre la mesita. El mechero estaba mucho más cerca de Star, quien se hallaba al lado opuesto.

Fue un hecho medio instintivo, medio voluntario. El mechero se alzó de la mesa, recorrió metro y medio por los aires y se acercó al cigarrillo que Mildred tenía en los labios.

Mildred abrió la boca. El pitillo cayó al suelo.
— Tome otro —indicó Star, sonriendo.
— Cielos —dijo ella—. ¿Cómo lo ha conseguido?
— No lo sé, pero lo hago, Mildred.

De nuevo volvió el silencio. Ella tomó un segundo cigarrillo y el mechero se encendió a un mandato mental de Star.
— Lo comprobé anoche —explicó él—. Puedo mover cualquier cosa con el poder de la mente, Mildred, y eso me sucede desde que su falso padre me indicó que diera al motor de mi coche la orden de arrancar.

Ella le contemplaba con cara de estupefacción. De repente, se puso en pie de un salto.

—¡ Johnny, tenemos que salir! —exclamó.
— ¿Adónde? —preguntó el joven, sorprendido.
— ¿Ha oído hablar alguna vez del doctor Ramírez?
— Sí, ciertamente. Investiga sobre la acción de la gravedad…

Mildred se inclinó hacia delante.
— Y ha conseguido anular sus efectos —manifestó—. Es decir construir un aparato que, en resumen y con palabras vulgares, no es

sino un motor de antigravedad.

Star se sentía perplejo.

— Pero… ¿qué tiene que ver el doctor Ramírez con nuestros problemas? —preguntó.

— Muy sencillo, Johnny. Primero, soy su secretaria. Segundo, si logra resolver algunos problemas de cálculo, terminará de construir un motor de la suficiente potencia para mover una astronave que nos lleve a Hérgony.

CAPÍTULO VI

— Doctor Ramírez, le presento a Johnn Quinton Star. Johnny, el doctor Ramírez.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Ramírez era un hombre de unos cuarenta y cinco años y que ofrecía un excelente aspecto físico. Tras los primeros saludos, dirigió a la muchacha una mirada inquisitiva.

— ¿Y bien, Mildred? ¿Qué es lo que te trae por aquí?

— Doctor, usted está enterado de lo que nos sucede a los familiares de los tripulantes de la «Ultralux».

— He leído los periódicos, en efecto —admitió el científico.

— Bien, mi amigo Johnny puede ayudarle a resolver a usted los problemas de cálculo que tiene todavía pendientes en su motor de antigravedad.

— ¿Es eso cierto, señor Star?

El investigador se encogió de hombros.

— Lo dice ella, doctor —contestó.

— ¿Qué sabe usted de cálculos integrales?

— Ni jota, doctor —confesó Star.

— Mildred, ¿quieres burlarte de mí? —preguntó Ramírez, enojado.

La muchacha no se inmutó.

— Déjeme que hable unos minutos, doctor —pidió—. Luego, Johnny le hará una prueba. Ello le hará tomar una decisión más tarde.

Mildred habló durante un rato. Luego pidió a Star que hiciese una demostración de sus facultades mentales, a lo que el joven accedió.

Ramírez se sentía atónito.

— Nunca había visto cosa semejante —declaró.

Mildred rebosaba satisfacción.

— ¿Lo ve, doctor? Sus problemas están ya solucionados— dijo, sonriendo.

El científico vaciló unos instantes. De pronto, se volvió hacia un gran encerado, casi todo él cubierto de cifras, signos y fórmulas matemáticas,

— Johnny, busque el error que hay en ese cálculo —pidió—. Existe sin duda, porque cada vez que he querido llevar el resultado a la práctica, sólo he tenido fracasos. A ver si usted consigue encontrar el error.

— Sí, doctor.

Star contempló la pizarra durante unos momentos. Mildred y Ramírez le contemplaban expectantemente.

Pasaron algunos minutos. Al fin, Star dijo:

— Lo siento, no puedo.

— ¡ Oh! —dijo Mildred, visiblemente decepcionada.

— Ya me parecía a mí… —murmuró Ramírez con sorna.

— Pero ¿cómo puede ser eso, Johnny? —exclamó Mildred, llena de congoja—. Usted puede mover las cosas con el poder de su mente; incluso aquí mismo lo ha demostrado… ¿Cómo es que no puede…?

— Mildred, no le dé más vueltas —respondió Star—. Mover un libro y mantenerlo suspendido en el aire es ahora cosa fácil para mí, pero mis poderes mentales no me permiten adquirir en unos segundos conocimientos que al doctor le han costado treinta años de estudios y experiencias. Lo siento mucho, doctor —se dirigió a Ramírez—, pero tendrá que hallar usted el error por sí mismo.

—Sí, tiene usted razón, Johnny —convino Ramírez—. Incluso el fabuloso poder de su mente tiene sus límites. Si lo desea, me levantará en el aire, pero ello no le permitirá conocer instantáneamente cosas que jamás ha estudiado.

— Es decir que los poderes mentales de Johnny son más bien físicos —dijo Mildred.

— Aunque parezca un contrasentido, así es, muchacha. Si él quiere extraer la raíz cúbica de una cifra de treinta guarismos, tendrá que agarrar un papel y un lápiz y resolverlo por los métodos tradicionales, pero no encontrará la solución sólo con desearlo. ¿Comprendes el ejemplo?

Los brazos de Mildred cayeron desanimadamente a lo largo del costado.

— En resumen, de llevar a cabo nuestro plan, tendremos que esperar a que resuelva usted mismo las dificultades —dijo.
— Así es, por mucho que lo lamentes —confirmó Ramírez.
— Una pregunta, doctor —solicitó Star.
— Dígame, muchacho.
— Supongamos que resuelve el problema que le impide a su motor funcionar de una manera satisfactoria. ¿Dónde lo acoplaría usted?
— Oh, eso ya está decidido —respondió Ramírez—. Hace ya tiempo que compré una vieja astronave, dada de baja como excedente, pero en magnífico estado de conservación y en buen funcionamiento. Una vez haya terminado el motor, servirá para mover esa nave y desplazarnos a cualquier parte del Universo.
— ¿Ha dicho a cualquier parte, doctor?
— Eso mismo, Johnny. Incluso el viaje a Hérgony —confirmó Ramírez.

* * *

Transcurrió casi medio año.

Star había vuelto a sus ocupaciones. El enorme escándalo provocado por el descubrimiento de la sustitución de los astronautas se había ido acallando con el transcurso del tiempo.

Mildred y Star apenas si se habían visto en algún encuentro accidental raramente convenido para cenar juntos en alguna ocasión. Star sabía que Mildred colaboraba activamente con el doctor Ramírez, aunque no le había dado demasiados detalles al respecto.

Además, la muchacha estudiaba Astronomía. Star le preguntó en una ocasión si eso le iba a resultar rentable y ella le contestó con la frase clásica: «El saber no ocupa lugar».

El resultado era que se veían muy poco. Por otra parte, Star había adquirido cierta fama, debido precisamente al asunto de la «Ultralux» y ello le había acarreado clientela nueva, con la consiguiente ampliación de sus oficinas, empleados nuevos y, por supuesto, un trabajo ímprobo.

Ganaba bastante dinero. Star empezaba a pensar en que debía llegar el momento en que le plantease a Mildred las cosas con la suficiente claridad como para estudiar el futuro de ambos. Confiaba en una respuesta afirmativa.

Por su parte, había renunciado a emplear los poderes de la mente. Casi había olvidado que podía mover mentalmente cualquier cosa. Quería, simplemente, ser un hombre normal.

De súbito, cierto día le llegó una llamada inesperada.

La pantalla de su fonovisor mostró el lindo rostro de Mildred.

— Johnny, ¿puedes reunirte conmigo en el cruce de las calles Treinta y la que se llama como tú?

Star se echó a reír.

— Resulta agradable tener una calle con el nombre de uno, aunque no se la hayan dedicado por méritos, claro. Iré ahora mismo, pero, ¿no puedes anticiparme qué es lo que pasa?

— Dora Raffer me llamó hace cinco minutos. Se la llevan al hospital.

— El niño llama a la puerta, ¿no?.

— Así es, Johnny.

— Bien, ahora mismo salgo de casa.

Star cerró la comunicación. Llamó a su secretaria, le dio instrucciones, dijo que no sabría cuándo volvería y salió corriendo.

Treinta minutos más tarde, detenía el coche junto a una esquina. Mildred se introdujo en el vehículo y Star lo puso en marcha de nuevo.

— ¿Cómo está Dora?, —preguntó él.

— Bien, aunque bastante nerviosa, como puedes figurarte.

— Sí, ya me lo imagino.

— Oye, Johnny, cualquiera diría que tú eres el padre de la criatura —dijo ella de pronto.

Star respingó.

— No bromees, Mildred.

— Era sólo un término de comparación —contestó ella—. Te olvidaste de dar el contacto al coche, Johnny.

Star fijó la vista en el tablero. El indicativo de conexión con el satélite de energía estaba apagado.

— Y el coche se mueve —dijo.

— Por el poder de tu mente. Johnny, ¿cómo llegaste a adquirir ese enorme poder?

— Ya lo sabes —suspiró él—. Una mañana me encontré con tu «padre»… es decir, el hombre que ocupaba su puesto y…

Mildred se reclinó en el asiento.

— Me pregunto para qué te traspasaría, si es que puede expresarse

así, semejantes facultades — dijo —¿Qué objeto tenía una acción semejante, Johnny?
— No lo sé —respondió él—. Pero dijo que el experimento había dado resultado.
— Y luego dijo que el experimento había terminado. Eso no aclara mucho las cosas, ¿verdad, Johnny?
— Sí, Mildred, no las aclara apenas.
La mirada de la joven vagó por un punto indeterminado.
— Quizá dentro de pronto podamos aclararlas por completo —dijo enigmáticamente.

* * *

La enfermera trajo al niño para que su madre lo tuviera en brazos unos momentos.
— Es un chico magnífico señora Raffer —dijo—. Pesa tres kilos novecientos gramos y tiene una gran robustez. El médico no ha observado en él síntomas de anormalidad alguna.
Dora estrechó al niño contra su pecho. Tenía los ojos llenos de lágrimas.
— No es el hijo de mi esposo —murmuró—, pero es mi hijo.
Star y Mildred se hallaban presentes. A los pocos momentos, la enfermera se llevó al recién nacido a la «nursery».
Mildred tomó la mano de la parturienta.
— Ánimo, Dora —dijo cariñosamente—, Ninguno de sus temores, por fortuna, se ha cumplido. Es un chico magnífico y crecerá hasta convertirse en un hombre perfectamente normal.
Dora se esforzó por sonreír.
¿Qué le diré yo cuando me pregunte por su padre? —se lamentó —. Algún día tendrá que saber la verdad…
— No es usted la única en estas circunstancias, señora Raffer —dijo Star—. Pero eso no debe desanimarla en modo alguno, porque usted no es la culpable de lo sucedido.
— Pero jamás veré a mi esposo, señor Star.
— Sólo en el caso de que haya muerto, cosa que todavía está por ver —declaró Mildred con enérgico acento.
— Se está preparando una nueva expedición a Hérgony. Hasta el año que viene no zarpará la segunda astronave. En resumen, pasarán diez años antes de que se sepa si continúo casada… o soy la

viuda del capitán Raffer —contestó Dora, llena de aflicción.

CAPÍTULO VII

Los suplantadores de los tripulantes de la «Ultralux», ¿se habían ido o continuaban escondidos en la Tierra, en algún lugar desconocido y, tal vez, dispuesto de antemano?

Star se había quedado solo en la oficina, terminado el trabajo del día. Esta vez se sentía extrañamente cansado y fue su cerebro el que movió la botella, el vaso, el cigarrillo y el encendedor.

Con el vaso en una mano y el cigarrillo en la otra, contempló las espirales azules de humo, mientras, de un modo maquinal, dejaba su mente en blanco.

De pronto, se encontró en el exterior, bajo la bóveda estrellada.

Star sintió que se movía con tremenda velocidad. A pesar de que era de noche, podía ver perfectamente los menores detalles del panorama.

Transcurrió un tiempo de duración imprecisa. Lo mismo podía haber pasado un segundo por una hora; no hubiera podido hacer un cálculo siquiera aproximado.

Una elevada montaña, de agudas crestas, apareció ante sus ojos. A mitad de la ladera, vio un enorme farallón rocoso, prácticamente una pared casi lisa, como una pequeña explanada en la base.

Star se sintió atraído irresistiblemente contra aquel muro. Creyó que iba a estrellarse, pero lo atravesó sin saber cómo.

Y ENTONCES VIO…

* * *

¿Lo había soñado?, se preguntó.

Estaba sentado en un cómodo butacón. Miró el cigarrillo y vio que se había consumido casi en su totalidad. La mayor parte de la ceniza estaba en el suelo.

Sacudió la cabeza. En resumen, aquel sueño había durado seis o siete minutos, pero la duda estribaba, no en si se trataba de un sueño, sino en si aquel viaje había sido realizado sólo por su mente o lo había hecho de una manera corporal.

Lanzó el cigarrillo al cenicero y corrió hacia el visófono.

Mildred le contempló desde la pantalla minutos después, sujetándose con una mano el escote de la bata.

—Estaba dormida— se excusó—. ¿Sucede algo importante, Johnny?

— ¿Cuánto tardarás en estar vestida? —preguntó él.

— Oh, quince minutos, quizá menos.

— De acuerdo, Mildred. Es posible que yo tarde algo más, pero no te preocupes. Ah, será mejor que tomes alguna ropa de abrigo.

— ¿Vamos muy lejos? —se alarmó ella.

— Más que lejos, a un punto elevado… pero ya te daré más explicaciones durante el viaje.

— ¿Y no podrías anticiparme algo ahora? Estoy muriéndome de curiosidad, Johnny.

Star se echó a reír.

— Ten un poco de paciencia, preciosa —rogó. Y, sin más, cortó la comunicación.

Acto seguido marcó otra cifra:

— ¿Compañía de Helicópteros de Alquiler? Soy Johnny Star. Necesito uno inmediatamente. ¿Pueden enviármelo, convenientemente repostado, para un viaje de unos trescientos cincuenta kilómetros? Lo pilotaré yo mismo y entregaré al empleado que me lo traiga el anticipo exigido por las normas de esa compañía.

— Señor Star, dentro de treinta minutos tendrá su helicóptero en la terraza de su casa —le contestaron.

El joven había utilizado los servicios de aquella empresa en más de una ocasión y sabía que le consideraban buen cliente. La C. H. A. era puntual, y en el plazo fijado, Star se sentaba ante los mandos del aparato.

Minutos más tarde, recogía a Mildred en la puerta de su casa.

— Me vas a destrozar el jardín —se quejó ella.

— Las mujeres siempre mirando el lado práctico de las cosas — sonrió él—. ¿Has oído hablar alguna vez del Blue Peak?
— Sí. Es una montaña muy apreciada por los aprendices de alpinista, pero no sé qué tiene que ver el Blue Peak con…
— Nena, acabo de descubrir que los hergonyanos están allí, bajo la montaña —contestó él sensacionalmente.

* * *

El helicóptero evolucionó a la luz de la luna, hábilmente manejado por el investigador. El muro de piedra que Star había visto mentalmente, brillaba como una gigantesca lámina de plata de superficie un tanto irregular.

Star maniobró para tomar tierra en la explanada que había al pie del farallón. Las paletas del rotor dieron sus últimas vueltas y al fin acabaron por detenerse.

Soplaba una fresca brisa que en las alturas producía extraños silbidos, Mildred se arrebujó en el grueso chaquetón forrado de piel; de que se había provisto a indicación del joven.

—¿Y ahora, Johnny?

Star contempló la pared durante unos segundos. El muro medía unos ciento cuarenta metros de altura por la mitad de ancho. El borde de la explanada era el origen de un colosal despeñadero, cuya sola profundidad infundía vértigos.
— Están aquí —dijo él—. Lo sé, no puedo equivocarme.
— Pero debe de haber alguna entrada, ¿no crees?
— Indudablemente. Lo difícil es encontrarla.
— Ve por la izquierda; yo iré por el otro lado. Gritaré si encuentro algo, Johnny.
— De acuerdo, Mildred.

Los dos jóvenes se separaron. Star empezó a buscar alguna abertura que permitiese pasar al interior de la montaña. Al final del muro había un trozo con aguda pendiente y subió unos cuantos metros, con la esperanza de conseguir sus propósitos.

De súbito, oyó un distante grito:
— ¡Johnny, ven!

El investigador bajó a la carrera y atravesó la explanada. Llegó al otro lado del muro y divisó a Mildred a unos diez metros de

altura, parada ante una losa de piedra, ligeramente separada de la empinada ladera.

— Veo la entrada de un túnel, pero no me gustaría aventurarme sin luz —dijo ella desde arriba.

— Traeré una linterna —contestó el investigador.

Star corrió al helicóptero y volvió a los pocos instantes. Con no pequeño esfuerzo, trepó hasta donde se encontraba Mildred y enfocó el haz de rayos de la linterna al otro lado de la losa de piedra.

El túnel medía metro y medio de anchura aproximadamente y su suelo se hundía en el interior de la montaña, formando una espiral cuyo término no se podía divisar desde la entrada. Tras unos segundos de vacilación, Star rodeó la piedra y se introdujo en el túnel.

Mildred le siguió en el acto. El suelo del túnel formaba una ligera pendiente, que no dificultaba la marcha. A los pocos metros de la entrada, el techo se elevó suficientemente para permitirles caminar erguidos.

Recorrieron unos cincuenta metros en el interior de la montaña. De pronto, Star se detuvo y dijo:

— ¿No notas una cosa extraña, Mildred?

— Calor, ¿no es cierto?

— Sí. Fuera, la temperatura debe ser de unos cinco o seis grados. Aquí estamos lo menos a veinte o veintidós.

— Es lógico, Johnn. Ellos necesitan calor.

Star hizo un gesto de asentimiento. Avanzaron veinte metros más y, de repente, se encontraron en la entrada .de una caverna de grandes dimensiones, sumida por completo en las tinieblas.

La única luz que había era la de la linterna. Star paseó el haz de rayos por todas partes.

— No me había equivocado —murmuró—. Mildred, ¿ves tú lo mismo que yo?

— Sí, Johnny —contestó ella, hondamente impresionada.

Había treinta y ocho cuerpos humanos tendidos en lo que parecían unos lechos de gran sencillez, todos ellos con los brazos cruzados sobre el pecho y absolutamente inmóviles. No se advertía siquiera los naturales movimientos de la respiración.

Los lechos formaban una especie de semicírculo, en cuyo centro había una extraña máquina con una larga pantalla de vidrio negro,

en la que se divisaban continuos centelleos de color anaranjado. Cada lecho estaba enlazado con la máquina por medio de un cable de un centímetro de grosor.

— ¿Qué es eso, Johnny?

Star dio la vuelta y examinó la pantalla, que mediría unos tres metros de largo por unos setenta centímetros de alto. Estaba dividida en treinta y ocho casillas, perfectamente diferenciadas.

Los centelleos eran muy irregulares. Algunos se producían con relativa frecuencia; otros, en cambio sólo se veían una o dos veces por minuto.

—Seguramente, un aparato de control de su estado físico —adivinó el investigador—. Ellos están durmiendo ahora, ¿comprendes?

— ¿Autohipnotismo? —sugirió Mildred.

— Algo por el estilo. Se refugiaron aquí y duermen esperando algo, pero no adivino qué puede ser.

— Quizá una nave de rescate, procedente de Hérgony.

— ¿Y por qué no la esperan en su estado normal?

— Primero, no cometen errores. Segundo, eluden la persecución. Tercero, están todos reunidos —recitó Mildred.

— Pero yo los encontré.

— ¿Poseemos todas tus facultades, Johnny?

— Es verdad —murmuró él apagadamente—. ¿Qué hacemos ahora, Mildred?

— No hay más que una solución, Johnny. Ellos son la vanguardia de una fuerza invasora, la cabeza de puente de más hergonyanos, quienes, al llegar aquí, encontrarán una valiosa ayuda en seres que ya tienen experiencia de la vida en la Tierra. Imagínate ahora cuál es la solución que quiero indicarte.

Star vaciló.

—Me gustaría hablar con uno de ellos antes de actuar —dijo—. No acabo de creer del todo en sus intenciones hostiles.

Buscó con la linterna una cara conocida y no tardó en contraria.

— ¡ Profesor! —llamó—. ¡ Profesor Mallox!

El aludido no contestó, pese a las insistentes llamadas de Star. Mildred creyó adivinar la causa del silencio.

—Johnny —dijo—, creo que tendrás que comunicarte con él de otra forma muy distinta que con palabras.

— La mente —adivinó el joven.

— Sí, tu mente. Es la única forma de conocer sus propósitos — corroboró Mildred.

CAPÍTULO VIII

Pero las llamadas mentales de Star no surtieron ningún efecto.

Star llegó al borde del agotamiento, sin conseguir resultados prácticos. Cuando, al fin, llegó a la conclusión de que todo esfuerzo por entablar contacto con aquellos seres era inútil, tomó una decisión.

— Vámonos, Mildred.

—¿Adonde, Johnny?

— Ya lo sabrás muy pronto.

Regresaron a la ciudad. Star hizo que le repostasen el aparato y luego abandonó el helipuerto para hacer algunas compras.

Una hora más tarde, volvió con la muchacha a Blue Peak.

El paisaje cambiaba notablemente visto a la luz del día. Star tomó tierra en el mismo sitio y luego desembarcó, provisto de una bolsa y unas cizallas de dimensiones más que regulares.

Cargó la bolsa al hombro y echó a andar hacia la entrada de la cueva. Una vez estuvo en su interior, cortó los treinta y ocho cables que unían los lechos de los durmientes con la máquina de control.

— Lo siento, pero no podemos permitir que seáis los guías en el ataque de los hergonyanos a nuestro planeta.

— No te disculpes, ellos no te oyen —dijo Mildred.

Terminada la tarea, Star abrió la bolsa y sacó de la misma un cartucho de dinamita, ya preparado que dejó al pie de la máquina. Encendió la mecha, cargó con la bolsa nuevamente y corrió hacia el túnel de salida.

Apenas habían llegado al interior, oyeron una tremenda explosión.

— Ahora, vamos a dejarlos ahí para siempre.

En la bolsa quedaba un fajo de cartuchos de dinamita, con una larga mecha, que encendió sin vacilar. Acto seguido, agarró la mano de Mildred y echó a correr hacia el helicóptero.

La explosión se produjo cuando el aparato se hallaba a unos trescientos metros de distancia. Brilló un vivísimo fogonazo, surgió un enorme chorro de humo y tierra pulverizada, y luego captaron el trueno de la explosión.

Star aguardó hasta que el humo y el polvo se hubieron disipado. Luego maniobró para acercarse con el helicóptero a la menor distancia posible.

La boca del túnel se hallaba completamente cegada. Mildred se estremeció.

— Tendrán un despertar horrible —comentó en tono lúgubre.

— No lo creas. Podría suceder si no hubiese destruido la máquina de control que vigilaba su sueño y, seguramente, los alimentaba. Ahora, carentes de esa ayuda se sumirán en un sueño eterno, sin el menor dolor.

Mildred hizo un gesto de asentimiento. Star le dio un par de suaves palmadas en la mano.

— Y ahora —dijo—, regresemos a la ciudad.

Ella pareció rehacerse.

— Sí —contestó—. Regresemos, porque es preciso ultimar los detalles para emprender el viaje cuanto antes.

— ¿Qué viaje? —preguntó él, asombrado.

— El que vamos a emprender a Hérgony, naturalmente.

* * *

Star no había salido todavía de su asombro cuando Mildred le condujo a la residencia del doctor Ramírez.

— De modo que vamos a Hérgony —dijo, cuando se apeaban del coche

Había devuelto el helicóptero, que ya no necesitaban.

— El doctor y yo, sí, desde luego. Tú…

Mildred se interrumpió maliciosamente. Star se picó en su amor propio.

— ¿Crees que soy un cobarde?

— Cobarde, no, pero acaso no te guste viajar por el espacio.

— Mildred —dijo, mientras avanzaban hacia la casa—, empiezo a

darme cuenta de la clase de trabajos que has estado haciendo hasta ahora.
— Sí— contestó ella sonriendo —He perdido muchos días en aprovisionar la nave de todo cuanto podamos necesitar durante el viaje. Aparte de eso, he desempeñado mi trabajo normal con el doctor y, por si fuera poco, he estudiado Astronomía.
— Imagino cuál es el reparto de papeles a bordo de la nave. El doctor será el piloto y tú la navegante. A mí, claro, se me reserva el papel de pinche.

Ella soltó una alegre carcajada.
— Tiempo te quedará de sobra para aprender el manejo de la nave —contestó.

Llamó a la puerta. Ramírez acudió a abrir a los pocos momentos.
— Estamos listos, doctor —anunció la muchacha.

Ramírez sonrió.
— ¿Viene él? —preguntó.
— Me han cazado a lazo —contestó Star.

Entraron en la casa». Star expresó sus dudas acerca del buen funcionamiento del motor antigravitatorio.
— No hay por qué preocuparse —dijo Ramírez—. Las pruebas han dado resultados completamente satisfactorios.
— ¿Qué velocidad podremos alcanzar, doctor?
— Eso sí que será preciso probarlo en el espacio, muchacho.
— ¿Cómo?
— Johnny, lo que el doctor quiere decir es que, con su motor, la velocidad que se puede alcanzar es prácticamente limitada. Pero no sabemos los efectos que ello puede causar en el organismo humano —terció Mildred.
— Así es —convino Ramírez—. Tengo mis dudas acerca de lo que pueda pasar en el momento de rebasar la velocidad de la luz. Pero he resuelto el problema, mediante un mando automático, que entrará en funcionamiento y reducirá la velocidad, en cuanto alguno de nosotros sienta efectos dañinos en su cuerpo.
— En ese momento, estaremos en unos sillones, sólidamente sujetos a los mismos —añadió Mildred—. Cada uno dispondrá de un cable con mando al motor. Si se nota mal, bastará accionar el mando para que la velocidad se reduzca a límites tolerables por el organismo.

—Eso está muy bien —dijo Star—, pero le encuentro un inconveniente.
— ¿Cuál, por favor? —preguntó Ramírez.

Star lanzó un profundo suspiro.

— En ese caso, nuestro viaje a Hérgony durará cuatro largos años —contestó.

— En cierto modo, también es un asunto solucionado —dijo Mildred—. Aparte de que no faltarán las provisiones, hay libros y películas en abundancia, cintas musicales y juegos de salón. No nos aburriremos, créeme.

— Pero, además, siempre existe la posibilidad de franquear la barrera de los trescientos mil kilómetros por segundo —dijo Ramírez—. Si la primera prueba falla, estudiaremos sus efectos y haremos una nueva intentona.

— Lo intentaremos tantas veces como haga falta, hasta conseguir rebasar el «muro de la luz» —manifestó Mildred—. Ello nos permitirá reducir sustancialmente la duración del viaje,

Star enseñó las palmas de sus manos.

— Me han convencido —dijo—. No puedo hacer otra cosa que unirme a la expedición… y formular mi última pregunta, por ahora.

— ¿Cuál es, Johnny? —quiso saber ella.

— ¿Cuántos iremos a Hérgony?

— Sólo los tres —respondió Ramírez tajantemente—. Los cálculos están hechos para tres personas, de peso medio conocido, y cualquier variación al respecto motivaría la realización de nuevos cálculos, que retrasarían el viaje varios meses más.

— Lo cual significa —concluyó Mildred—, que tienes una semana solamente para arreglar tus asuntos en la Tierra y prepararlo todo para el viaje.

Star se estremeció.

— Ocho años fuera de la Tierra —se lamentó—.Y eso, suponiendo que podamos regresar de Hérgony.

— Iremos allí y regresaremos, sobre eso, no queda la menor duda —declaró Ramírez en tono de plena convicción.

* * *

Dora Raffer estaba ya de vuelta en su casa.

Star creyó conveniente despedirse de la mujer. Dora le acogió con una triste sonrisa.

— No sé cómo agradecerles las atenciones que han tenido conmigo, señor Star —dijo Dora.

— Hemos hecho lo que creíamos era nuestro deber, señora. ¿Cómo está el chico?
— Estupendo —contestó ella—. ¿Quiere verlo?
— Será un placer, señora.
Dora le condujo al dormitorio donde el niño dormía en su cuna.
— Lo encuentro magnífico —dijo él—. Y hay que ver cómo se parece a su padr…
Star se interrumpió bruscamente.
— Lo siento, señora —se disculpó—. Ya sabe, es la frase tópica en estos casos. A esa edad, dígase lo que se diga, los niños no se parecen a nadie… Bueno —masculló, enojado consigo mismo—, cuantas más disculpas doy, más lo embrollo. Perdóneme, señora.
Ella le puso una mano en el brazo.
— No se preocupe, Johnny —contestó—. Ya me voy acostumbrando.
—De todas formas, no debe perder las esperanzas, señora Raffer. He venido a despedirme de usted. Nos vamos a Hérgony.
— ¿Cómo? —dijo Dora, muy asombrada.
— Así es. Partiremos mañana mismo… claro que es un viaje secreto y sólo iremos tres personan en la nave. Pero puede estar segura de que le traeremos noticias de su esposo. Desearíamos traerle a él en persona, créame.
Dora se puso una mano en el pecho.
— Si eso fuera verdad… —musitó.
— Trataremos de convertir sus deseos en realidad —prometió él solemnemente.
Minutos más tarde, abandonaba la casa. A unos quinientos metros, detuvo el coche, se apeó y entró en una tienda a comprar tabaco.
Cuando salía, tropezó con un individuo.
— Dispense —murmuró.
— No hay de qué, amigo.
Star siguió andando, pero no dio más de tres pasos. Un timbre de alarma sonaba insistentemente en el interior de su cráneo.
— ¡ Profesor Mallox! —gritó, a la vez que se volvía hacia el sujeto con quien acababa de tropezar.
El otro echó a correr. Star se lanzó en su persecución.
— ¡Alto, párese! —gritaba, sin que sus voces causaran el menor efecto en el perseguido.

Mallox dobló una esquina. Star la alcanzó segundos más tarde, pero ya no le vio.

Un gran gentío salía en aquellos momentos del ferrocarril subterráneo. Star hizo todo lo que pudo por encontrar a Mallox, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Presa de una tremenda excitación, buscó una cabina telefónica y se puso en contacto con Mildred.

— ¡ He visto a Mallox! —anunció, casi a gritos.

— ¡Imposible, Johnny —contestó ella.

— Lo he visto. No es ninguna alucinación, te lo aseguro.

Mildred se sentía abrumada.

— Eso significa que… se evadieron de la cueva, Johnny.

— Ignoro cómo lo hicieron, pero es así. Mildred, ¿qué se proponen hacer esos sujetos? Si uno se salvó, los otros también se salvaron, ¿no crees?

— Parece lógico —admitió la joven—, De todas formas, no creo que nos importe mucho, Johnny. Nosotros zarpamos mañana a las once de la noche, no lo olvides.

—Lo tengo bien presente, Mildred. Bueno, voy a terminar de arreglar mis cosas. Nos reuniremos mañana en casa del doctor Ramírez.

— De acuerdo, Johnny.

Star durmió mal aquella noche. Por la mañana, lo primero que hizo, mientras desayunaba, fue leer el periódico para ver si encontraba alguna noticia que llamase especialmente su atención.

No había nada de particular, se dijo, En la sección de sucesos se mencionaban algunos de tipo más bien corriente. Un asesinato, dos peleas con heridos graves, varios accidentes de automóviles, algunas estafas y el robo a un gran supermercado.

La tienda había sido vaciada por completo de cuanto contenía en lo concerniente a alimentación. El periodista terminaba la noticia diciendo que era el tercer supermercado saqueado en otros tantos días y que la policía buscaba con ahínco a los ladrones, de los que no sé había hallado el menor rastro.

El periodista, al igual que la policía, se sentía sumamente perplejo porque ningún vigilante nocturno había visto nada, el supermercado había quedado prácticamente vacío y la cantidad de mercancías robadas hubiera bastado para llenar varios camiones de gran tonelaje, ninguno de los cuales tampoco había sido avistado en

ninguna de las noches.

Aquella noticia, sin saber por qué, causó una especial perplejidad en el investigador, y le tuvo preocupado durante todo el día, hasta que llegó el momento de reunirse con Mildred y el doctor Ramírez.

CAPÍTULO IX

A mitad de camino, durante el trayecto hasta el astropuerto, Star lanzó de repente un agudo grito.

— ¡Ya está! ¡Ya tengo la solución al robo de los supermercados!

Mildred y Ramírez le contemplaron con extrañeza. Star encendió la radio,

— Pero, muchacho, ¿qué tienen que ver las tiendas robadas con nuestro viaje? —preguntó Ramírez, lleno de pasmo.

— Con nuestro viaje, no, pero sí con el de los hergonyanos, doctor.

— ¿Cómo dices, Johnny?

— Mildred, ignoro cómo salieron de la cueva, pero el caso es que salieron. Ellos van a regresar a su planeta, pero son seres de carne y hueso y necesitan alimentarse.

— Comprendo —murmuró ella, meditabunda—. Pero ¿qué nave piensan utilizar en su viaje de regreso?

— Eso es lo que yo querría saber, Mildred. Pero no hay duda alguna de que tienen un medio de viajar hasta Hérgony.

— Hay una cosa que me extraña mucho —intervino Ramírez—, Las tiendas han sido robadas, sí, pero ¿cómo es que nadie vio nada?

— Doctor, la respuesta a su pregunta es que los vigilantes fueron sometidos a hipnotismo, con orden de olvidar posteriormente todo lo concerniente al robo…

La voz de un locutor interrumpió de repente al joven.

— Señoras y señores, damos una noticia especial y de suma urgencia. Una banda de desconocidos se ha apoderado de la astronave «Ultralux II», la cual estaba terminando de ser alistada para el segundo viaje a Hérgony. Aunque la nave, como decimos, no estaba del todo dispuesta, los desconocidos, sin embargo, consiguieron hacerla despegar y han partido con rumbo que se

ignora de momento…
— La «Ultralux II» —dijo Mildred, estupefacta.
— Eso lo explica tobo, ¿no? —exclamó Star, satisfecho.
— Pero se nos van a adelantar, Johnny.
— ¿Lo cree usted así, doctor? —preguntó Star.
— Muchacho, depende de las pruebas que hagamos en el momento de rebasar la velocidad de la luz. Si resultan satisfactorias, llegaremos antes que ellos. En otro caso…

Star no contestó. El pesimismo de Ramírez se traslucía claramente en el tono de sus últimas palabras.

* * *

Ya estaban en el espacio. A Star le parecía un sueño todo lo que le estaba ocurriendo.

Como en una rápida visión cinematográfica rememoró los detalles de su aventura, desde que el supuesto Mallox le aconsejó ordenase al motor que se pusiera en marcha, hasta el momento actual, pasando por la primera visita de Dora Raffer, el conocimiento de Mildred y los acontecimientos posteriores, hasta llegar al momento del despegue. Sin olvidar, claro está, la adquisición de sus extraños y fantásticos poderes mentales.

Ramírez gobernaba la nave sin dificultad. El despegue no había tenido consecuencias perniciosas. Se había efectuado sin el menor ruido, carente en absoluto de problemas. Mildred, al lado del doctor, consultaba las cartas astronómicas. Sin embargo, todavía era pronto para utilizar sus servicios como navegante.

Hasta que no franqueasen los límites del Sistema Solar no sería necesario utilizar los conocimientos astronómicos de la joven. Entonces, Ramírez intentaría por vez primera franquear la velocidad, hasta aquellos momentos límite, de trescientos mil kilómetros al segundo.

La nave adquiría velocidad gradualmente. La Tierra quedaba atrás y se empequeñecía con rapidez.

—Pasarán días antes de que rebasemos la órbita de Plutón— dijo Star al cabo de algunas horas de vuelo, ya próximo a alcanzar la de la Luna.

Teóricamente, deberían bastarnos unas seis horas, suponiendo

que volásemos a trescientos mil kilómetros por segundo —dijo Ramírez—. Pero ésta es una velocidad que tardaremos, al menos, un día en alcanzar, Quizá podríamos conseguirla antes, pero no me atrevo a hacerlo.

— Ten en cuenta que volamos en una nave prácticamente experimental —intervino Mildred—. Es cierto que ha hecho muchos viajes por el espacio y que sus mecanismos auxiliares están perfectamente comprobados, pero nunca alcanzó ni siquiera los cien mil kilómetros por hora.

—¿Y ahora?

— Volamos a trescientos mil por hora —dijo Ramírez.

— Más de siete millones de kilómetros en un día.

— Cuando alcancemos la velocidad de la luz, recorreremos unos trescientos mil millones de kilómetros por día —calculó Mildred.

Star se hundió en su sillón.

— Me siento anonadado —dijo.

Eran cifras mareantes, en efecto.

Volvió la vista. La Luna estaba a unos pocos miles de kilómetros de distancia.

Le pareció un relámpago de plata. El refulgente disco del satélite apareció por un extremo de la nave y desapareció bien pronto por el otro.

— ¿Y no sentimos los efectos de la aceleración? —preguntó.

— No —contestó Ramírez—. Tampoco sentimos en la Tierra los efectos de su movimiento de traslación, porque estamos envueltos por su campo de gravedad, que es lo que nos sucede exactamente en la astronave. Pero quiero ser precavido y no tengo deseos de causar un accidente, originado por un exceso de impaciencia.

— Impaciencia, ¿para qué? —dijo Star sarcásticamente—. ¿Quién habla de impaciencia, cuando tenemos nada menos que cuatro años por delante hasta llegar a Hérgony?

* * *

La pantalla de radar mostró un objeto extraño.

Ramírez se sintió preocupado.

—¿Un asteroide? —murmuró.

— Hemos dejado muy atrás la órbita de Júpiter, doctor —dijo Mildred—. No es que no podamos tropezamos con ninguno de ellos,

pero los asteroides abundan sobre todo entre Marte y Júpiter y ya estamos alcanzando la órbita de Saturno.

Los destellos se producían con cierta regularidad y no daban trazas de extinguirse.

Pasaron algunos minutos. Las señales se hicieron más fuertes y sostenidas.

— Juraría que…—dijo Ramírez a media voz.

Mildred sintió como un nudo en la garganta.

— Parece como si ese asteroide viniese directamente a nuestro encuentro —exclamó.

Ramírez se inclinó hacia delante y conectó el telescopio, cuyas imágenes se recibían en una gran pantalla de televisión, orientada, en caso necesario, con las indicaciones del radar.

La pantalla mostró un cuerpo brillante que parecía flotar inmóvil en el espacio.

— Pero no sólo es una ilusión —dijo Ramírez—. Se nos acerca, Mildred.

— ¿O nos acercamos nosotros a él, doctor?

Hubo un momento de silencio.

La imagen del supuesto asteroide se agrandó. Mildred lanzó una exclamación de asombro.

— ¡Doctor, es la «Ultralux II»!

Ramírez se echó hacia atrás en su asiento.

— Está siguiendo un rumbo de colisión —dijo.

— ¿No podemos evadimos de su maniobra? —sugirió la muchacha.

— Lo intentaré.

En aquellos momentos volaban a unos ciento cuarenta mil kilómetros por segundo.

Ramírez aceleró los impulsos del motor antigravitatorio. La aguja subió a ciento ochenta mil kilómetros.

La «Ultralux II» seguía acercándose.

— No… no creo que vayan a abordarnos… —dijo Mildred.

La nave robada era ya visible a simple vista. Ramírez aceleró más todavía, pero sus intentos no dieron fruto positivo alguno.

Minutos más tarde, la «Ultralux II» se situaba al costado de la astronave perseguida.

Entonces, Mildred observó algo que la dejó llena de asombro.

— ¡ Parece mentira! —exclamó.

Star dormía beatíficamente en su cómodo sillón. Ella le golpeó

con fuerza en un costado.
— ¡ Despierta, hombre! —gritó.
Star se levantó de un salto.
— ¿Eh? ¿Qué sucede? ¿Hemos llegado ya a Hérgony?
— ¿Estás loco? —dijo Mildred, enojada—. ¡Mira por esa ventanilla y dime qué es lo que estás viendo!
Star se acercó a la lucerna y pegó la nariz al cristal. Al otro lado, no más allá de diez metros de distancia, un hombre le hizo señas con la mano.
—Hola, amigo —saludó Star amablemente—. ¿Quieres pasar a tomar una copa?
Mildred se llevó las manos a la cabeza.
— Pero ¿estás durmiendo todavía? Johnny, esos hombres son los ladrones de la «Ultralux II» —gritó.
Star pegó un bote.
— ¿Qué es lo que dices, muchacha?
— ¡ Un momento! — exclamó Ramírez. —Nos están llamando por la radio.
Una voz entró a los pocos segundos en la nave:
— Por favor —dijo el sujeto que había ocupado el puesto de Mallox —, vamos a abordarles. No deseamos causarles daño alguno y sentiríamos mucho que se resistiesen a nuestros deseos.
Mildred se precipitó hacia el micrófono:
— ¿Qué es lo que pretenden de nosotros? —inquirió.
— Lo sabrán dentro de unos minutos. Vamos a salir al espacio. Tengan la bondad de abrir la esclusa de este lado. Por favor, no se resistan ni intenten tampoco escapar; estamos en condiciones de equiparar la velocidad de nuestra nave con la suya, por muy elevada que sea.
Mildred se sentía sumamente consternada. Miró primero a Star y luego al doctor Ramírez, como si quisiera pedirles una solución para el grave trance en que se hallaban.
— ¡ Quieren impedir que lleguemos a Hérgony! —se lamentó.
Star no dijo nada. Se separó de la lucerna y caminó hacia su sillón, en el que se sentó en silencio, aferrando los brazos con manos crispadas.
Cerró los ojos. Mildred fue a decirle algo, pero Ramírez se lo impidió con un gesto.
— No turbe su concentración mental —aconsejó en voz baja.

Mildred tenía los ojos fijos en la cara de Star. El joven estaba terriblemente pálido y gruesas gotas de sudor se escurrían por sus mejillas.

Fuera, en el espacio, empezaban a verse hombres provistos de escafandras espaciales, que flotaban lentamente hacia la nave. Mildred los contempló un instante, abrumada de pesar.

De repente, la «Ultralux II» y los hombres que estaban en el exterior, desaparecieron de su vista.

CAPÍTULO X

Una luz radiante inundó la cabina de la astronave. Mildred parpadeó, deslumbrada momentáneamente.

¿Cuánto tiempo había pasado?, se preguntó.

No hubiera podido dar una respuesta. Le había parecido un espacio de tiempo increíblemente corto, pero, al mismo tiempo, creía que había transcurrido una eternidad.

— ¡ Mira, Mildred! —gritó el doctor—, ¡ Estamos llegando a Hérgony!

Ella se sentía estupefacta.

— Pero ¿cómo…?

Ramírez se volvió hacia Star.

— Mildred, trae una toalla mojada y una buena copa de coñac. Johnny está necesitando ambas cosas.

La muchacha corrió a cumplir la orden. Cuando volvió. Star apenas abría los ojos.

Ella le enjugó el abundante sudor que cubría su rostro. Ramírez le hizo beber el contenido de la copa

— ¿Dónde estamos? —preguntó Star con voz débil.

Un ligero golpe sacudió la nave.

— Acabamos de tomar tierra en Hérgony —contestó Ramírez.

Star se incorporó un poco.

— ¿Cuánto tiempo hemos tardado? —quiso saber.

Mildred dudó. Ramírez se volvió hacia los relojes del gran tablero de mando.

— Recuerdo muy bien la hora en que nos anunciaron el abordaje —declaró—. Eran las seis y treinta y siete, tiempo de Greenwich. Ahora son…

Ramírez calló unos momentos.

Luego, hondamente impresionado, añadió:

— Aquí, en Hérgony, no sé qué horario seguirán. En Greenwich, son, en estos momentos, las seis y cuarenta y seis minutos.

Mildred se desplomó en su sillón.

— Hemos tardado nueve minutos en llegar a Hérgony— exclamó, desfalleciendo de asombro.

Star empezó a recobrarse.

— Se me ocurrió cuando vi que se disponían a abordarnos —explicó —. Pensé que podía utilizar los poderes de mi mente e hice un gran esfuerzo para concentrarme. No sé cómo ocurrió; todo desapareció de mi vista… Lo único que puedo decir es que deseé traer la nave a Hérgony…

El doctor Ramírez estaba junto a una de las lucernas.

— Y, sin la menor duda, estamos en Hérgony —confirmó.

Star y Mildred se pusieron en pie y contemplaron el paisaje que se extendía ante ellos.

— A decir verdad, no es muy distinto de la Tierra —Comentó la muchacha.

— Parece que hayamos llegado a una zona templada— dijo Star—. Hay abundante arbolado, arbustos, hierba, veo un par de riachuelos y unas montañas sin nieve al fondo.

— La luz es ligeramente distinta —observó Ramírez—. Probablemente, la estrella que alumbra a Hérgony es algo más joven que el Sol y, por tanto, su luz es más blanca, si bien la diferencia de «edad» no puede ser mucha.

— ¿Cuánto le calcula usted, doctor?

— Oh, «sólo» unos cuantos cientos de millones de años. Próxima de Centauro tiene que ser muy parecida a nuestro Sol, repito, o no se podría vivir en Hérgony. Cuando menos, no podrían vivir seres con figura igual a la nuestra.

— Bien —dijo Star—, paro ahora que ya hemos llegado a nuestro objetivo, ¿por qué no iniciamos la exploración, cuando menos, de los alrededores?

— Mi padre… bueno, el hergonyano habló de una ciudad muy bonita —intervino Mildred—. Sin embargo, yo no veo el menor rastro de edificaciones por ninguna parte.

— Para eso vamos a hacer la exploración. Si no da resultado, nos elevaremos con la nave e iremos recorriendo el planeta desde la altura, hasta hallar algún centro civilizado.

— Temo que eso va a ser un poco difícil, Johnny —dijo Ramírez—. La astronave no se puede mover con la facilidad de un helicóptero. Está hecha para viajar por él espacio, recuérdalo.

Star no se inmutó.

— Bueno, ya hallaremos una solución si no vemos a la gente de este planeta —contestó—, Y, en mi opinión, cuanto antes empecemos a explorarlo, será mucho mejor.

* * *

Star se ciñó a las caderas un cinturón con un revólver, del que colgó una cantimplora con agua y una cartuchera con munición de repuesto. Se puso un sombrero de alas anchas, tomó un fusil de caza, automático, y se dirigió hacia la esclusa.

Mildred llegó instantes después, ataviada también con sombrero, pantalones y botas fuertes. Miró a Star con asombro y dijo:

—Parece que vayas a k. guerra, Johnny.

— Puede que no andes demasiado descaminada, Mildred. Si tu padre y los demás están prisioneros en Hérgony, es de suponer que sus captores no querrán soltarlos tan fácilmente.

Ramírez llegó en aquel momento. Vio las armas de Star, pero no dijo nada,

Instantes después, se abría la compuerta exterior. Mildred respiró a pleno pulmón la atmósfera exterior, con agradable olor a flores silvestres.

— Y pensar que hace poco más de veinticuatro horas estábamos en la Tierra —dijo, en el momento de emprender el descenso hacia el suelo.

Una plataforma, suspendida de dos vigas salientes, les llevó hasta la tierra firme. Mientras bajaban, Ramírez dijo:

— Los motores de antigravedad cambiarán por completo la fisonomía de las astronaves. Nosotros hemos tenido que viajar todavía en una astronave de aspecto convencional, que en su tiempo fue movida por combustibles propergólicos, pero cuando se popularicen los motores antigravitatorios, la forma de las naves espaciales cambiará radicalmente.

— Y tomarán el aspecto de platillos volantes —dijo Star.

— Quizá resulte el más conveniente, Johnny.

La plataforma se detuvo. Johnny Star saltó fuera y extendió una

mano, con expresión de buen humor:
— ¡ Bienvenidos a Hérgony!

Un ligero ruido sonó en unos arbustos cercanos. Star se revolvió velozmente, con el rifle a punto.

— Cuidado —advirtió.

Un animal asomó de entre la espesura. Era muy parecido a un cervatillo y, tras mirarles con curiosidad durante algunos minutos, volvió a desaparecer.

— Bueno —dijo Star—, al menos, ya sabemos que, en caso de necesidad, podemos disponer de carne fresca.

—Allí veo un río —dijo la muchacha.

—Vamos a acercarnos —propuso Ramírez.

Echaron a andar. Apenas habían dado una veintena de pasos, cuando, de repente, sintieron que se ocultaba la luz del sol.

Una gran sombra cubrió una buena porción del suelo. Star se detuvo en seco un instante. Luego, muy despacio, volvió la cabeza a la vez que levantaba los ojos hacia el cielo.

Mildred lanzó un agudo grito de terror:

— ¡ Son ellos! ¡ Ya nos han dado alcance!

* * *

La primera intención de Star fue correr hacia la propia nave, pero la «Ultralux II» iba a aterrizar entre ellos y el aparato, y su enorme masa les cortaba el paso. Además, descendía casi justamente sobre ellos, con peligro de aplastarles.

— ¡Vengan por aquí! —gritó, a la vez que echaba a correr.

Momentos después, alcanzaban un espeso grupo de arbustos, tras el cual hizo ocultar a sus compañeros. Él quedó en pie, protegido por un árbol de grueso tronco.

La «Ultralux II» había tomado tierra ya. Una escotilla se abrió en lo alto y las vigas de sustentación de la plataforma de descenso surgieron al exterior.

Star cargó el rifle. Un grupo de hombres descendió hasta el suelo. La plataforma se elevó de nuevo.

Mallox iba al frente de aquel grupo. Star le vio mover la mano y sus acompañantes empezaron a dispersarse en todas direcciones.

— Nos buscan —dijo Mildred.

—Pues ya nos han encontrado —gruñó Star.

Tomó puntería y apretó el gatillo. La bala se hundió en la hierba, a los pies del doble de Mallox.

El estampido repercutió largamente en la llanura. Star lanzó un poderoso grito:

— ¡ No se muevan! ¡ Esto es un disparo de advertencia solamente! ¡ El próximo irá derecho al cuerpo del que haga el menor gesto!

— ¿Es usted, Johnny Star? —preguntó el hergonyano.

— El mismo, profesor Mallox… aunque ya sé que ese no es su nombre.

—Es cierto. Mi verdadero nombre es Homw y me gustaría saber cuáles son vuestras intenciones.

— ¿Es que no lo ha comprendido todavía?

— ¡ Hemos venido a rescatar a los tripulantes de la «Ultralux»! —gritó Mildred.

Homw se echó a reír.

— ¿Se han vuelto locos?— contestó.

— ¿Piensa usted que no lo conseguiremos? —dijo Star—. Escúcheme, Homw, en este mismo momento le estoy apuntando con el rifle al centro del pecho. Primero le mataré a usted; luego iré disparando contra los demás, hasta que alguno se decida a decirnos lo que queremos saber.

— De modo que lo que usted quiere saber es el lugar dónde se encuentran los tripulantes de la primera «Ultralux».

— Exactamente.

— Están en Hérgony, señor Star.

— Eso ya lo sé. Lo que queremos es que nos diga el punto exacto donde ustedes los encerraron,

— Aunque se lo diga, no conseguirá nada, señor Star. ¿Dónde se cree usted que está ahora?

Star calló. Mildred le dirigió una mirada angustiada.

— Creen que han llegado a Hérgony, pero eso no es cierto —dijo Homw—. Todavía están en la Tierra.

Mildred dejó escapar un grito de asombro.

—Pero ¿cómo…?

La muchacha no pudo seguir adelante. Algo cayó de la astronave, dejando en su trayectoria una estela de humo blanquecino. Al chocar contra el suelo, se produjo una sorda explosión y la atmósfera se inundó de un gas sumamente espeso y

de un olor peculiar.
— ¡ Contengan la respiración! —gritó Star, pero ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO XI

Star abrió los ojos y se notó tendido en un lecho de moderada dureza. Durante unos segundos, notó en la nariz el olor peculiar del gas narcótico, pero fue una sensación que desapareció en seguida.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el lecho. Miró a ambos lados y vio a Mildred y al doctor, todavía dormidos sobre lechos de forma similar.

Con gran asombro, se dio cuenta de que les habían despojado de sus ropajes, vistiéndolos con una especie de uniformes de color azul plata, mate, de una sola pieza, cerrado de cuello y mangas. El calzado era una simple prolongación de las perneras.

Se puso en pie. Vaciló un instante, pero en seguida se rehízo. Luego examinó el lugar en que se hallaban.

Era una habitación de forma cuadrada y dimensiones más que regulares. La luz entraba por un enorme ventanal circular, situado tras los lechos. El ventanal estaba protegido por un vidrio de inusitado grosor, según apreció Star con un par de ligeros toques en los nudillos.

La habitación estaba en un edificio situado sobre una colina de regular elevación. Star vio al pie una ciudad, pero no pudo apreciar movimiento de personas ni vehículos.

— ¿Será alguna ciudad perdida? —murmuró.

Mildred despertó en aquel momento.

— Johnny… —dijo débilmente.

Star se acercó a la joven.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó.

— Un poco mareada, pero bien —contestó ella—. ¿Dónde estamos, Johnny?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —dijo Star—. De todas formas, puedes mirar a través de la ventana. Quizá tú puedas saber algo más que yo.

Ayudada por Star, Mildred se puso en pie. Con ojos absortos, contempló el panorama que se extendía por la llanura.

— ¿Qué ciudad es ésa? —preguntó,

— Eso es lo que yo querría saber, Mildred.

— ¿Una ciudad perdida, desconocida para los arqueólogos?

— Lo encuentro un poco extraño —dijo Ramírez, acercándose en aquel momento—. Tal vez podría ocurrir si nos hallásemos en alguna región tropical, donde todavía quedan vastas zonas por explorar, pero, tanto por la orografía como por la vegetación, estamos en una zona templada, en donde una ciudad como la que estamos viendo, resultaría difícil de pasar inadvertida para los arqueólogos.

— ¿Reconoce usted el paisaje, doctor? ¿Dónde nos encontramos? ¿América? ¿Europa? ¿Asia? En las zonas templadas de los continentes, hay paisajes muy parecidos, incluso en la propia África —manifestó Star.

— No, no sé dónde estamos, pero lo cierto es que no hemos salido de la Tierra.

Mildred se llevó las manos a la cara.

— ¡ Y pensar que creíamos haber llegado a Hérgony! —gimió.

Star apretó los puños.

— No, no estamos en Hérgony —dijo—. Los expedicionarios trajeron fotografías, películas, grabaciones sonoras, imágenes de la vida y la civilización hergonyana, entrevistas con los nativos y miembros de su gobierno; mensajes de buena voluntad para los gobiernos de la Tierra… Pero aquí estamos en una ciudad muerta y deshabitada por completo.

— Nuestro planeta es muy grande —declaró Ramírez sentenciosamente—. Todavía oculta infinidad de secretos de civilizaciones de las que ni siquiera tenemos una ligera idea. El supuesto viaje a Hérgony nos ha puesto en contacto con una de esas civilizaciones muertas.

— Descubiertas por Homw y sus amigos, pero utilizada para provecho propio.

— Así parece, doctor.

Mildred se recobró del desfallecimiento sufrido momentos antes.

— Bien, de acuerdo, no nos hemos movido de la Tierra —exclamó

—. Pero lo que no podemos hacer es continuar especulando sobre cosas que no nos sirven para riada. Lo que sí nos resultaría útil es movernos para intentar escapar de aquí.

Star paseó la mirada por el interior de la estancia.

— No veo ninguna salida, a no ser la ventana… y me parece que no tenemos nada a mano para romper el cristal.

Los lechos eran como pedestales de menos de un metro de altura, completamente lisos y con una colchoneta encima, de sustancia plástica y de unos cinco o seis centímetros de grosor. Fuera de esto, no había nada más en la estancia, salvo un pequeño lavabo adjunto.

— Me quitaron las armas —añadió Star desanimado.

— Todas las armas, menos una —dijo Ramírez.

— Tu mente —puntualizó Mildred.

Star soltó una amarga carcajada,

— ¡Mi mente! ¡ Quise llevar la astronave a Hérgony y, ya ven, acabamos, volviendo de nuevo a la Tierra!

— Bueno, tampoco fue un pequeño esfuerzo, teniendo en cuenta que ya habíamos rebasado la órbita de Júpiter —dijo Ramírez.

— Quizá, sin darte cuenta, se entrecruzaron tus pensamientos mientras te concentrabas y nos devolviste a la Tierra —apuntó Mildred.

— Es posible, pero el caso es que estamos aquí. Y la verdad, no creo que sea capaz de traspasar los muros. No pude hacerlo cuando descubrí a los hergonyanos durmiendo en la caverna de Blue Peak, recuérdalo.

Mildred se mordió los labios.

— De todas formas, tienes que buscar una solución— insistió—. Y creo que la hallarás, Johnny.

Star fue a decir algo, pero Ramírez le interrumpió de repente.

—¡Miren, muchachos— exclamó—; viene alguien!

Star y Mildred se volvieron. Parte de uno de los muros se volvía transparente y al otro lado se divisaban unas siluetas.

* * *

Aquel trozo de muro se hizo transparente del todo y luego desapareció. Homw, todavía con la figura de Mallox, surgió sonriente ante los prisioneros.

— ¿Se encuentran bien? —preguntó cortésmente.
— Sólo en lo físico —respondió Star, contemplando a las tres personas que estaban tras el hergonyano, extrañamente cubiertas las cabezas por sendas capuchas de tejido muy espeso—. En lo mental, a decir verdad, nos sentimos muy perplejos.
— Es lógico —admitió Homw—, Si situación actual ha tenido que provocarles un más que regular «shock» psíquico del que espero se repongan satisfactoriamente.
— ¡Un momento! —exclamó Ramírez—. Antes de seguir adelante, díganos en qué lugar de la Tierra nos encontramos.
Homw sonrió de modo sibilino.
— ¿No se sienten ustedes capaces de adivinarlo? —preguntó.
— Sinceramente, no…
— A mí me gustaría más saber por qué nos han tenido dormidos —intervino Mildred con vehemencia.
— Necesitábamos mantenerles quietos —replicó Homw.
— ¿Con qué objeto? —inquirió Star.
— Era preciso —dijo el hergonyano, sin entrar en más detalles—. Pronto, sin embargo, les traerán alimentos. Ustedes lo necesitan, me parece. Deben reponer fuerzas, después de tres días de sueño ininterrumpido.
— ¡Tres días! —exclamó Mildred.
— Así es —sonrió Homw.
— Pero, bueno, ¿para qué nos han tenido dormidos tantos días? —inquirió Star.
— ¿Quieren saberlo?
— Estamos esperando sus respuestas —dijo Mildred.
Homw hizo una señal. Los tres encapuchados descubrieron sus rostros al mismo tiempo.
Se oyó un triple grito de asombro. Mildred se tambaleó y sólo el fuerte brazo de Star en torno a su cintura impidió que cayera al suelo.
— Increíble —fue el calificativo de Ramírez.

* * *

Los tres hergonyanos que estaban en el umbral eran un duplicado perfecto de los tres terrestres. Star parpadeó varias veces, hasta convencerse de que él era él mismo y no el hombre que tenía

frente a sí.
— ¿Por qué, Homw? —preguntó, tras unos segundos de silencio.
— ¿No lo comprenden todavía? —dijo el hergonyano.
Star entrecerró los ojos.
— Quieren ocupar nuestros puestos —adivinó.
— Justamente —admitió Homw.
— Bien, nos han duplicado. Pero ¿qué harán luego con nosotros?
Homw guardó silencio unos momentos.
Luego dijo:
— Todavía no lo hemos resuelto.
— ¿Cómo? —exclamó Mildred.
— ¿Piensan matarnos? —preguntó el doctor.
— No, pero…
Homw se mostraba irresoluto por primera vez. Al cabo de unos segundos de vacilación, añadió:
— Todavía es pronto para decírselo. No obstante, puedo adelantarles que no van a sufrir ningún daño físico.
— Pero sí, quizá, psíquico —dijo Star.
— Tal vez en los primeros momentos, aunque confío en la capacidad de recuperación de ustedes tres —contestó Homw—. Sin embargo, insisto, ese supuesto daño mental será mínimo y podrán recobrarse sin secuelas dañinas posteriores.
— Muy bien —dijo Mildred—. Esos tres ocuparán nuestros puestos. ¿Qué harán entonces?
— ¿Qué hicieron los dobles de los tripulantes de la «Ultralux»?
—Bueno, sí, ocupaban los puestos de treinta y ocho personas, pero ¿cuál era su objetivo final?
—Todavía es pronto para que conozcan los detalles completos —respondió Homw—. Únicamente les diré que están ustedes interfiriendo nuestros planes y que vamos a evitarlo por todos los medios. Pero preferiríamos que las cosas se desarrollasen con más tranquilidad y sin recurrir a extremos que nosotros somos los primeros en vituperar.
— ¡Hum! —dudó Star—. No me fío mucho de lo que está diciendo, amigo Homw.
— Lo siento, pero es así. Dentro de unos minutos les traerán comida. Aliméntense sin temor; repito que estamos dispuestos a evitarles todo daño.
Homw retrocedió un par de pasos y la pared empezó a opacarse,

hasta volver a tomar su apariencia normal.

CAPÍTULO XII

— ¿Qué les parece? —dijo Star, cuando se hubieron quedado solos nuevamente—. Van a duplicarnos, mejor dicho, lo han hecho ya, y ello para ocupar nuestros puestos aquí, en la Tierra.

— No le des más vueltas, Johnny —suspiró Mildred—. Se trata de un plan de invasión muy bien meditado. Cuando la gente quiera darse cuenta, todos estarán ya en manos de los hergonyanos, convertidos por Dios sabe qué misterioso procedimiento, en auténticos terrestres.

—Y lo peor es que nadie podrá protestar, porque nadie conocerá la verdad— dijo Ramírez en tono de lamentación.

Star hizo un gesto con la cabeza.

— Voy a tener que utilizar de nuevo el poder de mi mente, pero no será sin antes haber comido —dijo—. Necesito reponer fuerzas.

Era una solicitud muy justificada, habida cuenta del tremendo esfuerzo que suponía el empleo de la mente para empresas de envergadura. Y, como Homw había prometido, minutos más tarde, llegaron dos hergonyanos con sendas bandejas cargadas de alimentos.

Los prisioneros quedaron solos. En las bandejas, además de los alimentos sólidos, había vasos con agua y café.

Star comió con excelente apetito. A mitad de la comida, sintió un poco de sed y se llevó el vaso de agua a los labios.

Apenas lo había hecho, notó un leve gusto extraño en el líquido. Una súbita sospecha brotó en su mente.

— ¡Cuidado! ¡No beban agua! —aconsejó.

Mildred y el doctor le contemplaron con interés.

— Para mí, es tarde —dijo la muchacha—. Yo ya he bebido más de

medio vaso.

Ramírez no había probado todavía el agua. Olió el contenido de su vaso y movió la cabeza.

— Narcótico, con toda seguridad —diagnosticó.

— ¿Para qué? —preguntó Mildred, angustiada.

— Si es un narcótico, no tienes nada que temer

— dijo Star.

— A pesar de todo, no me gustaría estar dormida otros tres días — se quejó ella.

— Termina de comer —indicó el joven—. En el momento en que sientas sueño, avísanos.

— ¿Qué hacemos con el agua de nuestros vasos? preguntó Ramírez.

Star se puso en pie. Junto a la sala estaba el cuarto de baño.

El agua fue a parar al sumidero. Star quiso llenarlos luego del grifo del lavabo, pero el líquido que salía por allí tenía el mismo sabor.

— No descuidan detalle —refunfuñó.

Un cuarto de hora más tarde, Mildred anunció que se dormía.

Star la hizo acostarse en su lecho.

— Usted y yo también, doctor —indicó—. No haga nada hasta que yo lo diga.

— Conforme.

Pasaron algunos minutos.

De pronto, Star se dio cuenta de que había alguien más en la estancia.

* * *

Miró a través de los párpados apenas separados entre sí. Sus tres dobles estaban frente a ellos.

Permanecían en pie, con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud completamente estática. Apenas si se notaba que respiraban.

Star notó que una especie de mano invisible hurgaba en su mente. Un raro sopor le acometió, pero, esforzándose, consiguió mantenerse despierto.

Miró hacia la puerta. Estaba abierta.

De repente, dio un salto y se puso en pie. Cargó contra su propio

doble y le golpeó en la mandíbula con todas sus fuerzas.

El hergonyano se desplomó instantáneamente. Star lo arrastró y lo depositó en el lecho que él había ocupado.

Los otros no se habían movido. A guisa de precaución, Star repitió los golpes.

Acto seguido, levantó a Mildred en brazos y la dejó en el suelo, cerca de la puerta.

— Doctor —llamó.

Ramírez no contestó. Star soltó un taco:

— ¡ Maldición, se ha dormido!

Pero no por ello dejó de hacer el trueque de cuerpos. Luego se asomó a la puerta.

Al otro lado había un largo corredor que terminaba en una escalera, cuyo fin no se podía divisar. Star vaciló un momento.

Era un hombre fuerte, pero no podía cargar con dos personas a la vez. Pero al mismo tiempo comprendía que no podía permanecer allí indefinidamente.

De pronto, se le ocurrió una idea. Se volvió hacia sus compañeros y exclamó:

— ¡ Mildred, doctor Ramírez, despierten en el acto!

Lanzó la orden profundamente concentrado en ella. Mildred se agitó un poco, suspiró y acabó por abrir los ojos.

Star la agarró por una mano.

— Vamos, ponte en pie —dijo.

Ella obedeció, todavía con cierta torpeza. Ramírez se incorporó al mismo tiempo.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó.

— Miren hacia los lechos —contestó Star.

— Vaya, son nuestros dobles —dijo Mildred.

— Los vi entrar, pero me dormí en seguida —manifestó Ramírez—. ¿Qué sucedió, muchacho?

— Ustedes estaban bajo hipnotismo —contestó Star—, Imagino que suministraban el narcótico para facilitarles las cosas, pero el resultado hubiera sido el mismo. Simplemente, trataban de explorar nuestras mentes.

— ¿Con qué objeto, Johnny? —quiso saber la muchacha.

— ¿Es que no te acuerdas de Dora Raffer? Sólo se enteró de que su esposo no lo era hasta que vio que le había desaparecido el lunar en la cadera.

Mildred hizo un gesto de asentimiento.

— Quieren apropiarse de todos nuestros conocimientos, a fin de desempeñar nuestro papel sin la menor falla. Pero el plan les ha fracasado.

— Exactamente —confirmó Star.

— Bueno, ¿qué hacemos ahora nosotros? —preguntó Ramírez.

— Buscar una salida y escapar de aquí. Puesto que estamos en la Tierra, hemos de hallar la forma de avisar a las autoridades de lo que sucede.

La propuesta fue aceptada sin más. No obstante, cuando iban a salir, Mildred se sintió asaltada repentinamente por una duda.

— Johnny, ¿somos «nosotros»… o «nosotros» son «ésos» que están ahí dormidos? —preguntó.

— ¿Qué quieres decir?— exclamó el joven.

— Simplemente, si yo soy Mildred Mallox o lo es esa joven que está ahí durmiendo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ramírez dijo:

— Puesto que han estado sondeando nuestra mente, ¿quién podría asegurar ahora que yo soy Emilio Ramírez y no uno de esos hergonyanos? Ni yo mismo estoy seguro de mi personalidad, Johnny.

El joven vaciló un instante.

—Creo que tengo la solución —exclamó de pronto.

Agarró la manga izquierda de su traje con la otra mano y tiró con fuerza, dejando el antebrazo al descubierto.

—Miren esta cicatriz —dijo—. Vamos a ver si mi doble también lo tiene.

Era la huella de un profundo rasguño hecho en sus años infantiles, según explicó, mientras ponía al descubierto el brazo de su doble. Pero con gran asombro suyo, el durmiente tenía también la cicatriz.

Mildred le miró perplejo.

— En resumen, que no sabemos si somos nosotros o son ellos… o si ellos son nosotros —dijo.

Star hinchó el pecho.

—Una cosa hay segura, Mildred, sea yo mismo o sea un hergonyano. En cualquiera de las dos posibilidades, no pienso obedecer las órdenes de Homw bajo ningún concepto y eso sí me distingue de los habitantes de Hérgony —declaró

contundentemente.

* * *

Alcanzaron el arranque de la escalera. Star se lamentó de no tener sus armas a mano.

—Dispones del poder de tu mente —le recordó la muchacha.

— Un buen rifle me haría sentirme mucho más tranquilo —gruñó él, mientras emprendía el descenso.

La escalera terminaba en una puerta que daba al exterior. Desde el umbral vieron un sendero que descendía por la ladera hacia la ciudad.

Star se volvió para contemplar el edificio, que no era de grandes dimensiones. Ramírez, por su parte, observó algo que le hizo sentir extrañeza.

— Un sendero muy poco utilizado —dijo—. Está lleno de maleza y apenas se distingue.

— Pero conduce a la ciudad —dijo Star, emprendiendo la marcha sin más dilaciones.

La distancia era de unos ochocientos metros, que recorrieron en menos de diez minutos. Al llegar a las primeras casas, observaron su aspecto uniforme y casi idéntico.

Las calles eran anchas y tiradas a cordel, con pavimento de grandes losas graníticas. Las hierbas y matojos crecían libremente entre los intersticios.

El suelo estaba lleno de montones de polvo y arena. Las casas carecían de puertas y de postigos en las ventanas. Una o dos veces exploraron el interior de algunas viviendas y las encontraron absolutamente vacías, sin el menor rastro de mobiliario o utensilios en ellas.

Sus pasos resonaban con lúgubres ecos en un silencio total. De pronto, desembocaron en un vasto espacio abierto, en forma de plaza circular, en cuyo centro había un gran edificio, también circular y de tejado cónico. Era de una sola planta y había una puerta de forma de arco de medio punto, hacia la cual caminaron los tres.

Star se asomó a la entrada, que carecía de puertas. El interior del edificio estaba sumido en la penumbra, pero, aun así, era

posible ver lo que parecían numerosas estatuas en posición yacente, sobre sendos pedestales del mismo material que las losas del pavimento.

Star notó algo familiar en la estatuas. Se acercó a una de ellas y contempló su rostro con atención. De súbito, se oyó un grito desgarrador:

—¡Papá, papá!

CAPÍTULO XIII

Star corrió hacia la joven, que se hallaba junto a una de las estatuas, y la agarró por un brazo.

— Repórtate, Mildred —aconsejó.

— Curioso, curioso —murmuró Ramírez—. Aquí están los treinta y ocho desaparecidos tripulantes de la primera «Ultralux».

Mildred se volvió hacia el joven y le miró con expresión angustiada.

— Tenemos que hacer algo para despertarles, Johnny. Hay que volverles a la vida —exclamó en tono apremiante.

Star vaciló un momento.

— ¿Qué opina usted, doctor? —consultó.

Ramírez hizo un gesto con la cabeza.

— Pienso que Homw es un tipo muy astuto y que debemos tener mucho cuidado con él —contestó.

— Eso ya lo sé —replicó Star—, y si llega el caso, me enfrentaré personalmente con Homw. Yo me refería a los durmientes, doctor.

— Desde luego, Johnny, pero ha sido por eso por lo que te he dicho que hemos de tener mucho cuidado con Homw. ¿Es que no te sientes capaz de adivinar la verdad?

Star se quedó parado. Mildred contemplaba a Ramírez con infinita atención.

Después de unos segundos de silencio, Ramírez empezó a mover la cabeza arriba y abajo.

— Sí, estamos en Hérgony —confirmó.

Mildred abrió la boca.

— Pero Homw dijo…

— Lo que pretendía era distraer a Johnny, que era quien disponía de armas de fuego y que es dueño de una mente de enorme poder.

Puesto que no se fiaba del poder de la suya ni de la sus compañeros, pretendió aturdimos con aquella mentira, hasta que los que estaban en la nave lanzaron la granada de gas narcótico.

— Eso significa que mi esfuerzo dio resultado —dijo Star.

—Sí, aunque creyésemos lo contrario.

— ¿De dónde sacaron los gases narcóticos? —preguntó Mildred, intrigada.

— Bien, opino que formarían parte del equipo de la «Ultralux II» — Contestó Ramírez—, Un arma semejante es útil cuando se trata de hacer una exploración en mundos prácticamente desconocidos.

— Y ellos nos siguieron…

— Probablemente, aunando los esfuerzos de todas sus mentes, en una acción conjunta. Homw debió figurarse Lo que ocurría cuando vio que nuestra nave desaparecía instantáneamente.

Mildred se volvió hacia el joven.

— Johnny, tus facultades no han desaparecido —dijo—. ¿Quieres despertar a mi padre?

Star vaciló.

— Tú puedes hacerlo —insistió ella—. Me despertaste a mí, incluso anulando los efectos del narcótico.

— Está bien, lo intentaré —accedió el joven finalmente.

Mildred y Ramírez guardaron silencio. Star se concentró durante algunos minutos.

Su rostro se cubrió de gotas de sudor. Mildred se lo limpió con un pañuelo.

Star abrió los ojos de pronto.

— Lo siento, no puedo —declaró.

— ¿Por qué? —preguntó ella nerviosamente.

— Bueno… está dormido de una forma que no entiendo bien… Tendremos que encontrarnos con Homw para que nos lo aclare.

Ramírez carraspeó.

— Es una buena idea —dijo—. Vamos a buscar a Homw.

— Tengo que recuperar mis armas —gruñó Star—. Me sentiré mucho más tranquilo cuando tenga mi rifle en las manos.

Echaron a andar. Habían recorrido algunos metros, cuando Ramírez, de pronto, lanzó una exclamación :

— ¡Miren! ¡ Una fachada verdaderamente artística la de ese edificio!

Mildred y Star se detuvieron para contemplar la casa que les

señalaba Ramírez. La muchacha se quedó atónita.
— Yo no veo nada…
— Acérquese un poco más y sitúese de lado —indicó Ramírez. Al mismo tiempo, tiró de la manga del traje de Star—. Quédese, Johnny —bisbiseó.

El joven obedeció. Ramírez, disimuladamente, añadió:
— A mí no me ha engañado usted, muchacho. ¿Por qué no se ha despertado el profesor Mallox?

Star dirigió una larga mirada a su interlocutor.
— Está muerto, doctor —contestó—. Todos los tripulantes de la «Ultralux» están muertos.

* * *

— Quizá haya sido el reflejo del sol lo que me hizo ver formas extrañas donde no las había —se disculpó Ramírez—. Pero, por un momento, me pareció ver…
— Estamos viendo todos demasiadas cosas raras —dijo Mildred—. Pero la culpa es de la tensión nerviosa a que estamos sometidos.
— Será mejor que sigamos explorando —aconsejó Star.

Atravesaron la plaza, siguiendo el mismo sentido de dirección que a la ida, cruzaron unas cuantas calles y desembocaron en otra plaza, muy semejante a la anterior y en la que había un edificio que era un duplicado exacto del que ya conocían.

El silencio continuaba, denso y abrumador.
— No me explico cómo los expedicionarios pudieron llevar a la Tierra tantas informaciones —dijo Star—. Vimos profusión de fotografías y películas, presenciemos entrevistas con nativos, vimos movimientos de vehículos, zonas industriales, actividad, en suma… pero aquí todo está muerto. ¿Por qué?
— Quizá los núcleos principales de población están en otros puntos del planeta —contestó Ramírez.
— Doctor, en los reportajes filmados que vimos, pudimos contemplar gran abundancia de aparatos voladores. Por muy muerta que esté la ciudad, ¿cómo es que no hemos visto todavía ninguno, procedente de las supuestamente existentes ciudades habitadas?
— Homw sabrá explicarlo —dijo Mildred—. Entre tanto, ¿por qué no nos asomamos a ver qué hay en ese edificio?

Atravesaron la puerta y llegaron a la entrada. Bajo el tejado cónico, divisaron treinta y ocho lechos de piedra, vacíos en aquellos momentos.

— Aquí no hay nadie —dijo Star.

— A ver si prepararon este edificio para los treinta y ocho siguientes astronautas —apuntó Ramírez.

— Pero ellos saben que van a venir muchos más —alegó Mildred.

De repente, Star lanzó una exclamación de júbilo.

— ¿Qué es lo que están viendo mis ojos? —dijo, precipitándose hacia sus armas y equipo, que estaban al pie de la pared, junto a la entrada.

Revisó el rifle y la pistola, que encontró en perfecto estado. Luego lanzó una alegre carcajada.

— Ahora me siento mucho mejor —dijo.

— Yo sólo me sentiré mucho mejor cuando me encuentre con Homw —declaró Mildred en tono desanimado.

— Y… ¿qué tal si iniciásemos una exploración para ver de encontrar nuestra nave? —sugirió Ramírez.

* * *

La nave se hallaba a unos cuatro kilómetros de la ciudad, en una hondonada, junto a la «Ultralux II». Una somera revisión les indicó que todo estaba en perfecto estado.

— Descansaremos aquí unas horas, que buena falta nos hace —dispuso Star—. Mañana regresaremos a la ciudad.

— ¿Cuáles son tus planes, Johnny?

— Seguir las exploraciones, hasta que demos con Homw.

La noche transcurrió en completa calma. El descanso relajó convenientemente la tensión nerviosa de los tres terrestres.

Por la mañana, después de un suculento desayuno, volvieron a la ciudad.

El ambiente de lúgubre quietud no había desaparecido. Todo estaba muerto y silencioso.

La ciudad era bastante grande y en recorrer sus calles emplearon gran parte de la mañana. Al filo del mediodía. Star y sus compañeros se detuvieron ante un edificio de planta cuadrada y tres pisos.

— Este caserón me parece conocido —dijo el joven.

Mildred apoyó la barbilla en una de sus manos y ladeó ligeramente la cabeza.

— Yo lo he visto en los reportajes filmados, con grandes banderas y adornos de tapices y una gran muchedumbre congregada frente a la fachada. Pero ahora está muerto y deshabitado, según parece.

— Podemos ver su interior, ¿no? —sugirió Ramírez.

Una gran escalera conducía a la entrada principal.

El suelo, liso y pulido, había perdido su brillo, debido al polvo que entraba libremente por los huecos.

— Los reportajes decían que era la residencia del gobierno de Hérgony —dijo Star—. ¿De dónde sacaron semejante embuste?

El edificio estaba absolutamente vacío, sin el menor rastro de mobiliario ni utensilios de ninguna clase. De pronto, cuando ya se disponían a abandonarlo, Ramírez pisó una losa en el vestíbulo y sintió que cedía a la presión de su pie.

Un trozo de muro se hizo transparente a su derecha, dejando ver el arranque de una escalera que conducía a un subterráneo. Atraídos por la curiosidad, Star y sus acompañantes iniciaron el descenso del sótano.

Star tenía linterna, cuyo haz de rayos luminosos disipó la oscuridad. Al acabarse la escalera, se encontraron en un enorme subterráneo, repleto de grandes cajones metálicos, cuyo tamaño medio era de un metro de anchura, por tres de alto y otros tanto de longitud.

— Esto me huele a archivo —dijo Star.

Se acercó al primer cajón, tiró del asa y lo hizo salir. Dentro del mismo encontró unos extraños rollos, que parecían contener película filmada.

— Creo que las cosas empiezan a estar más claras —dijo—. Los reportajes y las fotografías fueron una estafa.

— Nos engañaron —exclamó Mildred.

— Sí. Homw y sus secuaces tenían que dar la impresión de que vivían en un planeta habitado y civilizado. Al tomar la figura de los tripulantes de la «Ultralux», después de adquiridos los conocimientos particulares de cada uno de los que les habían tocado en suerte, se apoderaron de sus cámaras fotográficas y filmadoras y también de las grabadoras de sonido, eligiendo luego de los archivos las escenas más convenientes.

— Es decir que lo que todos vimos en la Tierra fueron escenas de un

mundo muerto.
— Justamente —corroboró Star.
— Pero ¿por qué? —preguntó Ramírez—. ¿Para qué dar la sensación de que Hérgony estaba habitado, si no es cierto?
— Doctor, ¿es que no lo comprende usted? —dijo el joven con ojos muy brillantes—. Todo lo que hicieron no es sino un cebo para atraer más gente a Hérgony, tomar luego sus figuras y completar así la invasión de nuestro planeta.

CAPÍTULO XIV

Mildred se sentía abrumada.

— Es horrible —dijo—. ¿Nos creerán cuando regresemos, Johnny?

— Intentaremos infiltrar la verdad en la mente de nuestras autoridades —contestó el joven.

Ramírez torció el gesto.

— Son políticos y no he visto nunca un cerebro más obtuso que el de un político —dudó.

Star lanzó una mirada al subterráneo, que medía más de ciento cincuenta metros de longitud por unos treinta de anchura. El número de archivadores parecía incalculable.

— ¡ Qué hallazgo para nuestros científicos! —exclamó—. Lo que darían algunos por entrar a saco en estos archivos.

— Pero antes tendrían que aprender a manejar las cintas grabadas —dijo Ramírez—. Me parece que son un poco distintas de las que usamos en la Tierra.

—¿Y los proyectores de imágenes? ¿Dónde están los magnetófonos que reproduzcan los sonidos? —preguntó Mildred.

— ¿Por qué no buscamos? —sugirió el doctor—. Seguramente estarán guardados en cajones más grandes.

— Es probable —admitió la muchacha—. Doctor, vaya usted por esa hilera de armarios; yo iré por la otra. Si hay aparatos reproductores guardados, deben de estar, opino, en cajones de tamaño mayor que lo corriente.

La propuesta fue aceptada de inmediato. Sin embargo, Star se mostró un tanto reacio a iniciar la búsqueda de unos aparatos, cuya existencia era más bien problemática.

Contempló el rollo que tenía en las manos. Era de unos diez o

doce centímetros de diámetro por dos de grueso. En una de las caras divisó una extraña inscripción, realizada en unos caracteres que le resultaron ininteligibles.

Probablemente, se dijo, era el antiguo idioma hergonyano. Los antropólogos, etnólogos y lingüistas tendrían una buena tarea en aquel archivo de tan alto valor científico.

En uno de los bordes del rollo divisó una pequeña lengüeta. Acuciado por la curiosidad, tiró de ella y sacó al exterior parte de lo que parecía una película transparente.

Levantó ambas manos y contempló la cinta al trasluz, viendo en ella una serie de siluetas humanas, formando una larga fila en la película. La pequeñez de las imágenes era, sin embargo, excesiva para permitir la captación de detalles sin la ayuda de una lupa o proyector adecuado.

Estiró aún más la cinta. Sólo contenía figuras, a razón de un par de ellas por centímetro lineal y, aunque no se percibían demasiados detalles, pudo darse cuenta de que ninguna de las personas allí fotografiadas era la misma.

Sujetó la pestaña a uno de los cajones y desenrolló la bobina en su totalidad. La longitud de la cinta era de unos treinta metros.

Hizo un breve cálculo:

— Treinta metros son tres mil centímetros, lo que significa que hay seis mil personas fotografiadas en una cinta, aproximadamente.

Enrolló la película de nuevo y se acercó al cajón. Contó los rollos archivados.

Cada cajón tenía cuatro estantes, en cada uno de los cuales cabían unos ochenta rollos. Trescientos veinte por cajón y cinco cajones por armario, lo que sumaba mil seiscientos en total.

— Unos nueve millones y medio de personas fotografiadas sólo en uno de estos armarios.

Había, los contó muy por encima, unos trescientos cajones. El resultado final, si todos contenían lo mismo, era mareante.

— Casi tres mil millones de personas —dijo—. ¿Dónde están sus restos? ¿Qué apocalíptica catástrofe se produjo en este planeta, para que sólo se hayan conservado sus imágenes y no aparezca siquiera el menor rastro?

Mildred y el doctor vinieron a poco, con la decepción retratada en sus caras.

—No hemos encontrado ningún proyector ni grabadora —

manifestó Ramírez—. Todos los cajones son absolutamente iguales y el contenido es idéntico en todos ellos, sin excepción.
— Es un archivo de personas —dijo Star—. En este rollo hay retratadas unas seis mil.

Ramírez examinó rápidamente una parte de la cinta.
— ¡Interesantísimo! —calificó. Sacó una lupa del bolsillo y contempló la cinta al trasluz—. Puedo ver unas inscripciones al pie de cada fotografía, pero, naturalmente, no me siento capaz de descifrarlas.
— Esas inscripciones deben de ser un breve historial de cada una de las personas retratadas —opinó.
— Muy probable —convino Star—. Y eso me hace pensar que tal vez sea un archivo policial o estadístico. He calculado que el total de las personas fotografiadas se aproxima mucho a los tres mil millones de personas.

Y expuso las razones en las que se había fundado para hacer su cálculo,
— Debe corregirlo, en más —dijo Ramírez—. Según mis cuentas, los armarios son cuatrocientos.
— Eso hace que el total de fotografías ascienda a tres mil ochocientos millones.
— Persona más, persona menos —sonrió la muchacha—. El día en que los científicos terrestres consigan descifrar el misterio de tantas personas archivadas aquí podrá decirse que se ha hecho el descubrimiento más sensacional de todos los tiempos.

Star hizo saltar el rollo en la palma de la mano y luego lo volvió a su sitio. Cerró el cajón y dio un par de golpecitos en la superficie exterior.
— Descansen en paz, amigos —dijo,
— Por los siglos de los siglos —añadió el doctor.
— ¿Vamos afuera? —sugirió Mildred.

—De acuerdo.

Star se dispuso a buscar la escalera. Pero no había dado una docena de pasos apenas, cuando se oyó un ruido en la escalera que conducía al subterráneo.
— Cuidado —dijo el joven—. Viene alguien,

Star tiró de la mano de Mildred y la hizo esconderse junto a él detrás de uno de los cajones. Ramírez siguió a la pareja en el acto.

El joven preparó su riñe. Asomó un poco la cabeza y vio a uno

de los hergonyanos que se acercaba a uno de los archivadores situados cerca de la entrada.

— Es el doble del capitán Raffer —murmuró.

El hergonyano abrió el cajón situado en tercer lugar, contando desde arriba, introdujo la mano y sacó un rollo, con el que se marchó, después de volver el cajón a su sitio habitual. Instantes después, había desaparecido de la vista de los terrestres.

— Sigámosle —propuso Ramírez.

— ¿Por qué no le has detenido? —preguntó Mildred.

— Es mejor ver lo que piensa hacer —contestó el joven, a la vez que corría hacia la escalera.

Al llegar arriba, se asomó con gran cautela. El vestíbulo permanecía desierto.

Star salió fuera y echó una ojeada a la plaza, con grandes precauciones. El doble de Raffer la atravesaba en aquel momento y luego entraba en una casa de tamaño algo mayor que las contiguas.

— Vamos a ver…—propuso Mildred, pero Star refrenó su ímpetu.

— Saldremos por una de las ventanas posteriores y nos acercaremos a aquella casa dando un rodeo —dijo—. Si cruzásemos la plaza directamente, podríamos ser vistos y ello nos crearía inconvenientes.

Mildred aceptó el consejo. Star corrió hacia la parte posterior del edificio y saltó al exterior. Extendió las manos y ayudó a la muchacha a salir fuera. Ramírez les siguió instantes más tarde.

Star caminó en cabeza, explorando cuidadosamente el terreno antes de cruzar cada calle. En todo momento tenía el rifle dispuesto.

Minutos más tarde, llegaban a la entrada de la casa. Star se acercó a la puerta y oyó voces que procedían de una de las habitaciones interiores.

Pisando de puntillas, entró en el edificio, dándose cuenta de que tenía muebles y que su interior parecía en perfectas condiciones. Había puertas y ventanas normales y daba la impresión de estar habitado.

Las voces salían de una de las habitaciones que daban al zaguán. Star se acercó a la puerta y la empujó un poco.

Había dos personas en el interior. Aunque estaban vueltas de espaldas, las reconoció en el acto. Eran los dobles de Mallox y Raffer.

Homw estaba sentado junto a una gran máquina, con todo el

aspecto de un proyector. Raffer la manejaba.

Frente al proyector había una pantalla vertical, alargada, de dos metros de alto por uno de ancho. La pantalla parecía de grueso vidrio deslustrado y detrás de ella había como una especie de cajón de sus mismas dimensiones, pero con un fondo próximo a los setenta y cinco centímetros.

Raffer manejó el proyector. La figura de una persona, que parecía dormida, apareció inmediatamente en la pantalla.

Una serie de letras y signos empezaron a desfilar por delante de la proyección, a la altura del pecho del individuo proyectado. Homw hizo un gesto con la mano.

— Éste no sirve —dijo—. Archívalo, Rüntad.

—«Con que se llama Rüntad», pensó Star.

— ¿Proyecto otro, Homw?

— Sí, desde luego.

Una nueva figura apareció en la pantalla. Era una joven, de graciosas facciones y esbelta figura, vestida muy someramente. Como el anterior, parecía dormida.

— ¿Habrá mujeres en la «Ultralux II»? —preguntó Homw.

— Por supuesto —respondió Rüntad—. Según los informes, viajarán tantas como hombres, a fin de evitar ciertos trastornos que sufrieron los viajeros de la primera «Ultralux».

— Una precaución muy lógica, Rüntad.— sonrió Homw—. ¿Quieres materializarla, por favor? Su historial parece muy favorable.

—Al momento.

Rüntad movió algunos mandos en el proyector. La joven se corporeizó de repente.

Star tenía la boca abierta de par en par. Ahora comprendía el objeto de aquel archivo.

Homw se puso en pie y se acercó a la joven, tocándole suavemente los brazos y las mejillas. Ella parecía dormida de pie, aunque su respiración apenas se notaba.

—Sí, es un ejemplar magnífico —dijo al cabo—. Archívala otra vez, Rüntad, hasta que la necesitemos.

La joven se convirtió de nuevo en la proyección a tamaño natural de una fotografía. Luego desapareció de la pantalla.

De repente, se oyeron pasos precipitados en el exterior.

Ramírez tocó a Star en el hombro.

— Viene alguien —avisó.

— Escondámonos, pronto —dijo Mildred.

Ramírez había abierto una puerta próxima. Los terrestres se escondieron en la habitación, apenas unos segundos antes de que uno de los hergonyanos penetrase en el edificio.

— ¡Homw! —gritó el recién llegado.

— Estoy aquí —contestó Homw—. ¿Eres Marlurs?

— Sí. Traigo noticias y no son buenas.

Marlurs entró en la sala de proyección. Homw y Rüntad le contemplaron con interés.

— ¿Y bien? —dijo Homw.

—Siento tener que decírtelo, Homw, pero los terrestres han escapado,

— ¿Qué? —gritaron los otros dos al unísono.

— Es cierto. Sus dobles tendrían que estar allí, acopiando conocimientos, ¿no?

— Sí, desde luego.

— Pues bien, he estado en la sala y no he visto más que a tres personas dormidas. Y tengo la seguridad de que no son los terrestres.

Homw crispó los puños de rabia.

— Tienen que estar en alguna parte —dijo—. Todavía no han podido abandonar el planeta, Rüntad.

— Eso significa que están aún en la ciudad —dijo Rüntad.

— Justamente —confirmó Homw—. Marlurs, busca reunirse a los demás. Es preciso buscar a los terrestres; no podremos descansar hasta que hayamos dado con ellos, ¿entendido? ¡ Vamos, Rüntad, no perdamos ya más tiempo!

CAPÍTULO XV

Pasaron algunos minutos antes de que Star y sus compañeros se atrevieran a abandonar el escondite.

— ¿Has oído, Johnny? —dijo ella—. ¿Quieren matarnos?

— Todavía estamos vivos —contestó él ceñudamente—. Doctor, ¿qué le parece lo que hemos visto?

—Increíble —respondió Ramírez—. La población entera de Hérgony está archivada en películas.

— Así como suena —confirmó el joven, a la vez que empujaba la puerta de la sala de proyección—. Y por medio de estos aparatos maravillosos, pueden hacer revivir a unas personas que en estos momentos no son sino fotografías de tamaño inferior a un centímetro.

Mildred pasó la mano por encima del proyector. Al lado, en una mesita contigua, divisó una veintena de rollos.

— Ciento veinte mil personas yacen ahí almacenadas —murmuró.

— Preparadas para una invasión del planeta —dijo Star.

— ¿Cómo piensan hacerlo, Johnny?

— Muy sencillo. Cuando vengan los expedicionarios de la «Ultralux II», los sustituirán y así irán haciendo sucesivamente con los tripulantes de naves posteriores.

— Eso costará muchísimos años, siglos, probablemente.

Star tocó uno de los rollos de película.

— ¿Qué prisa tienen las personas que están aquí encerradas? —contestó.

Ramírez empezó a husmear en la máquina.

— Me gustaría hacerla funcionar —dijo.

— ¿Para qué? —preguntó Mildred.

— Hombre, sería interesante conocer la opinión de uno de estos

tipos enlatados. Recuerden que Homw desechó uno, por lo menos, lo que, según mi modo de pensar, significa que no le convenía.

— Porque, quizá, no se doblegará a sus propósitos —terció Star.

— Eso es lo que yo creo, en efecto.

— Muy bien —dijo el joven—. Doctor, ha tenido usted una buena idea. —Sacó su revólver y se lo entregó—. Defiéndase si se ve en peligro. Mildred y yo trataremos de acabar de una vez con esa amenaza.

— De acuerdo —accedió la muchacha.

Ramírez cerró la puerta al quedarse solo y se enfrascó en la labor de hacer funcionar la máquina, tal como había visto hacer a Rüntad. Star y Mildred corrieron a través de las calles hasta alcanzar la gran plaza que habían visto por primera vez la víspera.

La plaza estaba desierta y sumida en un absoluto silencio. Rifle en mano, Star se acercó al edificio con aspecto de mausoleo. Para él, que conocía la verdad, era, en efecto, un mausoleo.

Estaba vacío. Sólo se veían las figuras inmóviles de los terrestres.

Mildred se refugió de repente en el edificio.

— Johnny, creo que viene alguien —anunció temerosamente.

Star se situó a un lado de la puerta. Sonaron fuertes pisadas en el extremo opuesto de la plaza.

Tres o cuatro hergonyanos aparecieron por una de las bocacalles. Star quitó el seguro y disparó un tiro sobre las cabezas de los nativos.

— ¡ No den un paso más o tiraré a matar! —amenazó cuando los ecos del disparo se hubieron disipado.

* * *

Los hergonyanos se detuvieron en el acto. Parecían irresolutos.

Dos más aparecieron por otra calle.

— Van a reunirse todos aquí —dijo la muchacha.

— Tengo mi rifle —contestó él.

Cuatro hergonyanos surgieron por otra calle. Avanzaban unos pasos y se detenían a unos treinta metros del edificio.

Poco a poco, fueron llegando todos. Los últimos en aparecer fueron Homw, Rüntad y Marlurs.

— No sigan adelante —ordenó el joven—. Recuerde mi rifle, Homw.

— ¿Cree que me asustan las anticuadas armas de su planeta, Johnny Star? —contestó Homw.

El joven no se inmutó.

— Dé sólo un paso más y se lo demostraré —contestó.

Homw vaciló un momento. Luego, de súbito, dio un paso al frente.

Star apuntó con todo cuidado. Hizo fuego y Homw se tambaleó, con el hombro izquierdo perforado por el proyectil.

Sin embargo, no llegó a caer. Su mano subió hasta el hombro herido y la sangre empezó a fluir entre sus dedos.

— No conseguirá nada, Star —dijo—. Mi mente es más fuerte que sus proyectiles. ¡Mire!

Homw inspiró con fuerza. La hemorragia se detuvo en el acto.

—Dentro de unos minutos, tendré cicatrizada la herida —dijo.

— ¿Puede su mente detener también una bala dirigida a su cerebro? —preguntó Star, apuntándole a la cabeza.

Homw vaciló.

Star se echó a reír.

— Mi mente es más poderosa que la suya y usted lo sabe —exclamó.

— Pero si aunamos los esfuerzos mentales de todos nosotros…

— Inténtelo —le desafió Star—. ¿Cree que no lo habrían hecho ya si hubieran podido?

Homw se mordió los labios.

— En su planeta hay un refrán: «Cría cuervos…». Yo cometí un error aquella mañana, cuando le aconsejé que ordenase a su motor ponerse en marcha.

— ¿Cuál fue el error? —preguntó Star.

— Simplemente, desperté en usted unas poderosas facultades mentales, que yacían en estado latente. Tal vez fue una casualidad o acaso es que muchos terrestres poseen esas facultades, aunque lo ignoren. Pero mi consejo fue como una especie de revulsivo para su mente, Star.

— Comprendo —dijo el joven—. A pesar de todo, su poderío es inferior al nuestro.

— Sí —admitió Homw—. Lo que pasa es que nosotros conocemos nuestras posibilidades, mientras que ustedes, los terrestres, desconocen por completo la formidable potencia que se alberga en sus mentes.

— ¡ Y ojalá sigamos desconociéndola por mucho tiempo! —se estremeció Mildred—. Sería horrible vivir en un planeta, donde todos fueran como tú, Johnny.

— Fue una lástima —dijo Star—. Sus planes se han frustrado.

— ¿Usted cree? El tiempo no cuenta para nosotros. No es que seamos eternos, pero la duración de nuestra vida quintuplica, por lo menos, la de cualquiera de ustedes —declaró Homw.

— Sobre todo, si se almacena en latas a las personas.

Homw arqueó las cejas.

— ¿Cómo dice? —inquirió.

— Me refiero a ese fantástico archivo donde están enlatadas casi cuatro mil millones de personas. ¿Piensan sustituir con ellos a la población de la Tierra?

— No. La mayoría no querrían. Escogeremos solamente a los justos, los que sepamos positivamente que van á unirse a nosotros.

— En la misión de hacerse dueños de la Tierra, ¿no?

Homw sonrió con burla.

— ¿Puede dudarlo, Johnny Star? —contestó.

— Un momento —dijo Mildred—. ¿Cómo consiguieron «enlatar» nada menos que a unos tres mil ochocientos millones de seres humanos?

— Las condiciones ambientales dé Hérgony se deterioraron hace algunos siglos, prediciendo una catástrofe total. Los habitantes del planeta, tras un acuerdo general, decidieron someterse al «enlatado» como ustedes lo califican, sabiendo que, con el paso del tiempo, Hérgony volvería a ser habitable.

— Y unos cuantos listos, a la cabeza de los cuales figura usted, se quedaron fuera para «despertar» a los demás en el momento preciso.

— Imagínese usted. Fue un enorme sacrificio —contestó Homw burlonamente—. Estuvimos a punto de morir en más de una ocasión, pero conseguimos sobrevivir. Entonces, inesperadamente, aterrizó la «Ultralux».

— Y ustedes entablaron relaciones con ellos y luego, al conocer el medio de vida de la Tierra, decidieron ocupar sus puestos.

— Era una aventura fascinante —admitió el hergonyano—. Las muestras del sistema de vida terrestre que nos enseñaron, resultaron tan de nuestro agrado, que decidimos tomar sus puestos,

— Y como luego vendrían más expediciones, habría sitio para otros hergonyanos que se prestasen a secundar sus planes, de acuerdo con

los datos de la ficha personal de cada uno.
— Es usted un excelente adivino —dijo Homw—. En efecto, esos son nuestros planes.

Star hizo un gesto de aquiescencia.
— Las cosas se aclaran, aunque no del todo —manifestó.
— ¿Hay algo que no entienda? Estoy dispuesto a darle todo género de explicaciones, Johnny Star.

Los ojos del joven se pasearon por los treinta y ocho hergonyanos que formaban semicírculo ante él, a unos veinticinco o treinta pasos de distancia.

«La semilla de una temible invasión», pensó.
— Gracias, Homw —dijo—, Lo que me gustaría era saber qué objeto tenía refugiarse en la cueva de Blue Peak.
— Había dispuesta una expedición a Hérgony. Se suponía que rescatarían a treinta y ocho terrestres. Nosotros esperaríamos allí el momento de aparecer de nuevo como los auténticos expedicionarios de la primera «Ultralux». Usted nos forzó a abandonar la cueva y a llevarnos la «Ultralux II», para venir aquí y evitar el fracaso de nuestros planes.
— Entonces, las explosiones que yo provoqué no les causaron ningún daño.
— Solamente dolor de oídos —rió Homw—. Nos despertaron, nada más.

Mildred tiró de la manga de Star.
— Dile si piensa despertar a mi padre —cuchicheó.
— Espera un momento —repuso él en el mismo tono—. Homw, ¿cómo piensa impedir que yo frustre sus planes?

Los ojos del hergonyano le estudiaron breves instantes.
— Estamos desarmados, es cierto —contestó—. Pero los poderes de la mente de su hermosa acompañante están aletargados.

Star se puso pálido.
— ¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.
— Muy sencillo, que a menos que usted se rinda en el acto, ella morirá, Usted puede matarnos a algunos de nosotros, con la mente o con el rifle, pero Mildred morirá antes de que consiga acabar con todos nosotros.

* * *

Homw dio otro paso adelante.

— Deje caer el rifle —invitó—. Le haré una proposición, Star. Únase a nosotros y tendrá todo lo que ambicione: poder, riquezas, una existencia poco menos que ilimitada… ¡Tendrá el mundo a sus pies! ¡La Tierra será suya!

Star inspiró con fuerza.

Guardó silencio.

Homw se enojó.

— ¿No me contesta? —preguntó, impaciente—. ¡ Piense en Mildred; ella estará a su lado para compartir poder y riquezas!

— Su experimento, en un principio, dio resultado, pero no el que esperaba —dijo Star lentamente—. Luego estimó que había sido un error, ¿no es así?

— Quizá ha llegado el momento de enmendarlo. Conteste, Star —reclamó Homw—. Necesito conocer su decisión.

— ¡Yo no quiero poder ni riquezas, sino una vida sencilla a su lado! —gritó Mildred—. ¡ Y quiero también que despierte a mi padre!

— Eso es imposible, Mildred —dijo Star—. Lo siento, pero tu padre está muerto.

Ella abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Con ojos de demente miró al joven.

—¿ Es… cierto… ? —tartamudeó,

Star fijo la vista en Homw.

— Él te lo confirmará —dijo.

Homw arqueó las cejas.

— No lo sabía —contestó—. Nosotros pensábamos que estaban todavía sometidos a letargo.

— Sus cálculos resultaron erróneos —declaró Star—. Sondeé la mente del profesor Mallox y no recibí ningún estímulo de respuesta. Han muertos todos —insistió.

Homw se encogió de hombros.

—Lo mismo da— dijo con acento indiferente—. A fin de cuentas, nosotros conservamos su figura.

Mildred rompió a llorar de pronto. Con paso tambaleante, se dirigió al lecho donde reposaba el cadáver de su padre, llamándole en medio de gritos y sollozos.

Al llegar al lecho, se inclinó para abrazar el cadáver. Un alarido espantoso brotó de sus labios.

Star se volvió. El cuerpo de Mallox se había convertido en polvo.

Mildred estaba abrazada al lecho de piedra. En la plaza sonaron unos gritos espeluznantes.

El joven dio un salto atrás y aprestó su rifle. Lleno de pasmo, vio que en el lugar que había ocupado Homw sólo quedaba un montoncito de polvo gris.

Incapaz de resistir tantas emociones, Mildred rodó al suelo sin sentido. Star notó en aquel momento el acoso mental de los hergonyanos.

Saltó hacia uno de los cadáveres y lo golpeó con la culata del rifle. El cuerpo del astronauta se convirtió en polvo.

En la plaza, otro hergonyano desapareció. Y otro y otro…

A medida que Star deshacía los cadáveres de la tripulación de la «Ultralux», los cómplices de Homw se convertían en polvo. Implacablemente, Star continuó su tarea, hasta que los hergonyanos se hubieron transformado en sendos montoncitos de tierra grisácea.

Un golpe de viento sopló en aquel momento y barrió el polvo de la plaza. Al verla desierta, Star pensó que la amenaza de invasión había desaparecido por completo.

De pronto, oyó un fuerte rumor de voces. Numerosas personas de ambos sexos empezaron a llegar a la plaza.

Ramírez apareció a poco, entre el tumulto, de los hergonyanos que, al fin, abandonaban un encierro que había durado siglos. El científico sonreía satisfecho.

— Hice salir de las cintas a unos cuantos de ellos —explicó—. Me costó un poco, pero lo conseguí. El resto será ya fácil; los mismos hergonyanos se encargarán de hacer revivir a los restantes.

— ¿Todos de golpe, doctor? —preguntó Star, sonriendo.

— Bueno, habrá que hacerlo por etapas, pero esto será cosa de ellos. A fin de cuentas, es su mundo, ¿no? c

Star volvió la vista. Mildred empezaba a recobrarse del desvanecimiento.

Pensó que debía consolarla.

* * *

— ¿Qué diremos a la vuelta? —preguntó Mildred algunos días más tarde.

— Será difícil de explicar, aunque creo que lo conseguiremos —

respondió Star. Lanzó un suspiro y dijo—: Me parece que tendré que encargarme yo del transporte de las dos naves.

— ¿Podrás resistirlo?

— Creo que sí. Pero ya no emplearé más los poderes de mi mente —decidió él—. A partir de ahora, seré un hombre normal.

Mildred tendió la vista por la llanura.

Una larga columna de hombres, mujeres y niños serpenteaba hasta perderse de vista.

— Van a repoblar de nuevo sus ciudades —dijo Mildred—. Hérgony será de nuevo un planeta próspero y feliz.

— Con el cual entablaremos nosotros sólidas y amistosas relaciones —vaticinó el joven,

Ramírez llegó en aquel momento.

— Vuestros dobles han sido «almacenados» de nuevo— anunció—. Hay una especie de comité que estudia a las personas que salen de las cintas. Todo aquel que es sospechoso de haber seguido a Homw, es devuelto de nuevo a la película, para una nueva temporada de letargo y posterior reeducación.

— ¡ A cuántos habría que hacer lo mismo en la Tierra! —suspiró Star.

— Un día habrá intercambio de conocimientos y ese aparato llegará a nuestro planeta —aseguró Ramírez—. El inventor debía de ser un hombre de elevadísimo nivel científico.

— ¿Por qué no se queda usted aquí a estudiar el aparato? —sugirió Mildred.

Ramírez sacudió la cabeza.

— No, regresaré a la Tierra —contestó—. Lo único que siento es tener que llevar malas noticias a los familiares de la «Ultralux».

— Dora Raffer lo sentirá mucho —dijo Star.

— Pero aún es joven. —Mildred esbozó una sonrisa—. Doctor, usted es soltero. Cuando lleguemos a la Tierra, trate de consolar a Dora.

— Lo intentaré —sonrió Ramírez—. Tú ya tienes quien te consuele, ¿no?

Mildred apoyó la cabeza en el hombro del joven.

— Me asalta una duda, aunque no creo que ello vaya a atormentarme toda la vida. ¿Nosotros somos nosotros… o estamos «enlatados»?

Hubo un momento de silencio. Ramírez aparecía perplejo.

— ¡Es verdad! —dijo al cabo—. ¿Yo soy yo o he ido a parar a la película de vida letárgica?

Star hizo un gesto con la cabeza.

—No importa quienes seamos —resolvió las dudasˆ de sus compañeros—. Seamos nosotros o seamos los dobles que creó la ambición de Homw, una cosa es segura: queramos vivir en paz y armonía con nuestros congéneres, tanto terrestres como hergonyanos, y no deseamos en absoluto erigirnos en dominadores de nadie.

— Así sea —concluyó Ramírez.

Y así sería, pensó Mildred, confiadamente apoyada en el hombro de su futuro esposo,

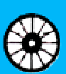
F I N

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA Publicación quincenal 10 PTAS.



RUTAS DEL OESTE Publicación quincenal 10 PTAS.



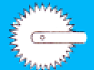
SEIS TIROS Publicación quincenal 10 PTAS.



HURACÁN Publicación quincenal 10 PTAS.



SIOUX Publicación quincenal 10 PTAS.



ESPUELA Publicación quincenal 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS Publicación quincenal 10 PTAS.

ANTICIPACION



CIENCIA FICCIÓN Publicación quincenal 10 PTAS.



ESPACIO Publicación quincenal 10 PTAS.